

Selección

TERROR

FOTO-SEX

RALPH BARBY

—¿Qué puedo hacer? —preguntó mirándolo a los ojos—. Me tiene esclavizada, estoy en sus manos. Puede descuartizarme como a mi tía; Posiblemente, lo que quería era heredar pronto la mansión, cuando mi tía se había limitado a cedérsela en testamento, lo que fue fatal para ella, porque entonces la escogió como víctima para poder heredarla. Mi tía, quizá intuyéndolo, me exigió que velara junto a su cama todas las noches y ya ves, no sirvió de nada. Aunque haya alguien velando, consigue su propósito.

—Habrá alguna forma de impedírselo.

—Ninguna, no hay ninguna. Me ha marcado en la espalda con su símbolo de penitentes. Todos ellos lo llevaban en oro y hasta es posible que hayan sido marcados en la piel como yo lo estoy ahora. Me siento en sus manos y eso me aterra…



Ralph Barby

Foto-Sex

Bolsilibros: Selección Terror - 173

ePub r1.0
xico_weno 18.10.17

Título original: *Foto-Sex*
Ralph Barby, 1976
Ilustraciones: Desilo

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

—¡LUMIÉRE, LUMIÉRE! —llamó a gritos, aunque sin demasiada energía *madame* Dubois.

Lumiére era una joven alta, espigada, pariente pobre de Andrea Dubois. En realidad, Lumiére era hija de una hermana de Andrea Dubois. Lo malo era que la madre de Lumiére se había equivocado en su matrimonio o por lo menos así lo había estimado la familia Dubois y las estrecheces económicas las había conocido la joven desde la infancia.

Su padre terminó muriendo en un accidente de carretera conduciendo una furgoneta de reparto cuando había aspirado a ser un financiero importante.

Por el contrario, su madre había muerto en un hospital con un cáncer de garganta, raro en las mujeres; sin embargo, a ella le había tocado en la lista del tanto por ciento de mujeres fallecidas por esta causa.

Lo más paradójico es que no fumaba, aunque sí había pasado largos años de camarera para sacarla su hija adelante. No había fumado, pero sí tragado el humo que los demás expulsaban por sus pulmones.

Lumiére había terminado sus primeros estudios y luego, había ingresado para estudiar de enfermera en el propio hospital donde falleciera su madre. Le habían dado facilidades para ello y la muchacha obtuvo su título.

Era una joven introvertida, con pocas amigas e incluso pocos amigos pese al acoso a que se veía sometida dada su belleza, aunque cuando Lumiére se encaraba con quien iniciaba sus escarceos deshonestos, lo dejaba tan frío que lo obligaba a marcharse. Sí, Lumiére era cortante y fría, pero sus profesores la estimaban en lo que valía y la estimulaban a que prosiguiera sus estudios, que no se quedara solo en enfermera, pues tenía

cualidades para llegar a doctora.

No es que la joven se hubiera dejado convencer por aquellas frases que no eran de halago sino de realidades, es que estaba segura de sí misma y sabía hasta dónde podía llegar; pero hacía falta dinero o luchar hasta lo indecible y se había planteado el dilema al recibir la carta de su tía Andrea, de la que tan sólo sabía lo que su madre le había contado y las fotos que había visto en el maletín de los recuerdos.

Para Lumiére, Andrea Dubois era una muchacha alta como lo era ella misma, elegante, con una mirada algo dura y que vigilaba cómo una niña se columpiaba bajo la rama gruesa de un árbol, dentro de un magnífico jardín ochocentista.

La niña que gozaba en aquel columpio adornado por flores era la misma que décadas más tarde moría de cáncer en un hospital, tras haberse pasado varios años de camarera.

Andrea Dubois era la mayor de tres hermanos. El mediano era un chico que había sufrido una mala caída de caballo y se había quedado paralítico. Tras adquirir conciencia de su situación irreversible, había decidido morir y como no podía suicidarse, pues carecía de fuerzas para ello, optó por no comer ni beber.

Se había hecho lo imposible por salvarle y algo más de un año duró la lucha. Ganó el paralítico que se murió con la piel pegada a los huesos y tan blanco como la cera. En realidad, pese a los sueros y sondas, estaba muerto casi medio año antes de que el melifluo doctor de la familia extendiera su certificado de defunción.

«Lumiére, soy tu tía Andrea. Siempre le he preguntado a tu madre, a mi hermana Madeleine, por ti. Sus respuestas eran invariablemente que eras una niña muy estudiosa y aplicada. Tu madre no quiso que te ayudara nunca, era muy orgullosa dentro de sus problemas…».

Así comenzaba aquella carta que la había llevado a la mansión de los Dubois, al este de París, una mansión de la que había oído hablar mucho, pero que antes no había visto nunca con sus propios ojos.

«Estoy vieja y enferma. Si tienes la atención de venir a cuidarme, yo te compensaré sufragándote la carrera de Medicina que por tus superiores sé que deseas y puedes sacar adelante».

Lumiére había preguntado a sus profesores y por ellos supo que,

efectivamente, Andrea Dubois se había interesado por su sobrina. Todos la animaron a que hiciera caso de aquella carta; luego podría estudiar en la Sorbona sin problemas.

Todo estaba en regla. Ella era enfermera titular, con todos los pronunciamientos y derechos para comenzar la carrera de Medicina. No le hacían falta más requisitos que unos medios económicos. Podía ser becaria, pero una beca, por generosa que fuera, nunca cubriría todos los gastos.

Coubert era el mayordomo de su tía, un hombre de estatura mediana que casi nunca hablaba.

Parecía más fornido de lo que realmente era porque debajo de su chaqueta negra llevaba un aparato ortopédico que lo sujetaba desde la nuca hasta las piernas.

Tenía algunas articulaciones de acero y plástico, debidamente acolchadas, pero quizá aquella parte del aparato ortopédico (que siendo de color carne le sujetaba desde la nuca hasta por debajo del maxilar inferior) era lo que le había obligado a ser un hombre parco en palabras.

Para Coubert, hablar significaba un esfuerzo cada vez más grande al paso de los años. Lumiére se preguntaba si en alguna ocasión se lo iba a encontrar dentro de aquel caserón, que antiguamente fuera mansión, tieso y muerto pero en pie, sujeto por aquel aparato que ya formaba parte de su esqueleto.

Lumiére no era una chica miedosa. Había aprendido a vivir mucho tiempo sola y cuando así estaba, se enfrascaba en el estudio; no obstante, la casa Dubois impresionaba.

El tiempo había hecho mella en ella porque no había tenido el mantenimiento apropiado. Muy pocas reparaciones se habían hecho. El dinero había ido faltando, aunque Lumiére sabía que muchas de las cosas que había allí dentro eran piezas buscadas por los anticuarios de todo el mundo y que la propia subastadora
Sotheby’s
se encargaría muy gustosa de introducirlas en el mercado si se le daba pie para ello. Lógicamente, algunos lotes irían a parar a manos de anticuarios de inferior calidad y economía; sin embargo, en muebles había verdaderas joyas de arte que por falta de unos francos en conservación corrían el riesgo de perderse.

Andrea Dubois, nacida primogénita y en la ancianidad soltera,

aunque sólo Dios, el diablo y ella sabían si también doncella, no quería oír una sola palabra de vender.

Se aferraba a todas aquellas antigüedades como a un pasado para ella brillante y soberbio que ya no habría de volver, pero en el que ella misma se centraba como una semidiosa acosada por proposiciones matrimoniales que había ido rechazando fría y despectivamente.

Algún día le llegaría lo que ella merecía, se había dicho mirándose al espejo con orgullo. Y, efectivamente, llegó: Fueron los años que cayeron sobre ella y la economía Dubois.

Perdió prestigio y su padre, antes de morir, para salir de problemas, hubo de vender la mitad de su jardín a una inmobiliaria a la que se había puesto la condición de no construir edificios más altos que la cúspide de los cedros del jardín.

La inmobiliaria se había atenido a las reglas y la familia Dubois no se había sentido humillada por la presencia de unas edificaciones, pues los árboles las ocultaban con su follaje. Y el color gris-verdoso del ramaje había logrado que el último de los varones Dubois muriera sin ver la decadencia en forma de ladrillos.

Sin embargo, por el ala sur del edificio, tenían una vista no demasiado agradable: era el cementerio de Pére Lachaise, más antiguo que la propia mansión y un cementerio con historia, pues contra sus muros, el 28 de mayo de 1871, fueron fusilados los últimos defensores de la Comuna.

A los Dubois no sólo no les había importado edificar la mansión junto al cementerio, sino que el más regio panteón del mismo, pertenecía a la familia.

Coubert, ante la mirada de Lumiére, arrastraba uno de aquellos grandes cuadros embalados con madera y que se habían comprado últimamente.

—¡Lumiére, Lumiére! —seguía llamando Andrea Dubois, la hija que lo había heredado todo y que no tenía más descendencia que su propia sobrina.

Coubert no gustaba de ser ayudado; en ocasiones, la joven lo había intentado y sólo había recibido silencio por parte de aquel hombre que había sido y seguía siendo mayordomo.

El cuadro embalado con maderas de chopo era más grande que él mismo. Tras situarlo en la pared donde debía ser colgado, tomó

un martillo que tenía el dorso apropiado para abrir cajas y sacar clavos.

Comenzó a golpearlo con movimientos que más parecían los de un grotesco muñeco que de un ser humano.

—¡Lumiére!

La muchacha estaba acostumbrada a las continuas, persistentes y agotadoras llamadas de su tía, por ello se quedó expectante. Deseaba ver el cuadro. Al fin, Coubert le quitó los plásticos protectores y apareció la pintura que produjo un respingo en Lumiére.

—¡Dios mío, qué horrible!

Coubert, el silencioso mayordomo, se volvió lentamente hacia ella y la miró. Después, observó el lienzo.

Allí había un esqueleto que semejaba tener vida. Vestía un sayal y manejaba un látigo con la diestra y unas enormes tijeras en la zurda. Por cinturón tenía una cadena de la que colgaba una gran llave de oro.

En el suelo, flagelados, había varios hombres y mujeres medio confundidos, desnudos, retorciéndose de dolor. Sus rostros se alzaban hacia su castigador con una extraña sonrisa de placer.

—Mañana lo colgaré. Es tarde, he de marcharme. Despídame de *madame* Dubois —dijo lentamente, como si hubiera estado pensando aquellas palabras durante horas. Después, dejó el martillo junto al cuadro y se marchó.

Lumiére miró lo que en otros tiempos fuera un brillante salón en el que debían organizarse fiestas del gran mundo de París, que era lo mismo que decir el gran mundo internacional.

El salón era grande, pero terriblemente fúnebre y falto de luz. Los pesados cortinajes tenían muchos lustros y también lustros de polvo encima. Se notaban las modificaciones y la aparición de aquellos horribles cuadros que, con el recién llegado, sumaban ocho.

Los otros siete eran tan horribles como el que acababa de llegar y en todos, como figura principal, aparecía aquel gran esqueleto con el sayal y siempre rodeado de penitentes que habían cometido algún supuesto pecado.

Lumiére suspiró. Ella hubiera hecho arrancar todo aquello de allí. Estaban convirtiendo el gran salón en una especie de basílica

de lo desagradable, de lo repugnante y terrorífico. Había que tener mucha presencia de ánimo para quedarse allí, mirando aquellos cuadros que sin tener firma alguna parecían poseer vida propia.

Fue a la cocina y tomó la gran cafetera. Con una bandeja, subió la escalinata dirigiéndose a la alcoba de su tía.

Andrea Dubois se hallaba tendida en la alta cama de gran dosel, iluminada por una lámpara de queroseno.

Por orden de las autoridades, se había cortado el suministro eléctrico a la casa hasta que todos los circuitos fueran reparados, ya que no ofrecían seguridad alguna por lo viejos y corroídos.

En algunos puntos de la mansión, los roedores habían hecho de las suyas seccionando trozos de cable eléctrico por completo. De alguna forma tenían que ir consumiendo aquellos quince centímetros de dientes que les crecían al año y en la mansión Dubois había poca comida, incluso hasta pocos desperdicios, pero quizá las ratas que merodeaban por el próximo cementerio encontraban buen cobijo dentro de la casa después de sus correrías.

—Ya estoy aquí, *madame* Dubois —le dijo.

Sabía que no le gustaba que la llamaran tía; Se había acostumbrado a ser *madame* Dubois y así quería seguir siendo llamada, incluso por su sobrina, su única pariente en aquel mundo fantasmagórico en el que se había capsulado.

No quería ver el progreso que había más allá de los cedros y del cementerio.

—Lumiére, ¿por qué has tardado tanto? Hace rato que te llamo.

—Coubert estaba desembalando un cuadro y luego se ha marchado, *madame* Dubois. ¿Por qué esos horribles cuadros de esos esqueletos que semejan describir a la muerte?

—¡No me hables de ellos, no quiero que me hables de ellos!

—¿Por qué? Si usted los compra, y los hace colgar en el salón.

—¿Yo? No me hables de ellos, me duelen mucho las piernas. Este reuma me está matando.

—Tonterías, *madame* Dubois, tonterías. A usted le quedan muchos años si quiere. Vendiendo unos cuantos cachivaches de este caserón, tendría los francos suficientes para hacerse tratar por los mejores reumatólogos suizos, hasta podrían, hacerle unos implantes de rodillas.

—No me hables de eso. Yo ya sé quién puede curarme…

—Sí, ¿quién?

—Tiene que venir, últimamente no viene…

—¿Está hablando de ese Joverek?

—Profesor Joverek, Lumiére, profesor Joverek —corrigió *madame* Dubois.

—He oído hablar de él. No sabía que además de espiritista y de escribir en algunas revistas de enigmas extraños fuera curandero.

—No es ningún curandero, es un hombre muy importante. El profesor Joverek posee poderes que los médicos, con toda su ciencia, jamás conseguirán.

—Ah, sí, ¿y qué poderes son ésos?

—¡Me devolverá la juventud, me dará el elixir de la larga vida!

—¿Y qué más?

—Eres una escéptica, en eso sí que no has salido a tus padres. Ellos eran unos soñadores con los pies de barro.

Lumiére se puso en pie, muy digna y dijo:

—Si vuelve a hablar de mis padres en esos términos, me voy ahora mismo.

—No, Lumiére, no te vayas, discúlpame, no te vayas —suplicó la vieja.

Lumiére nunca la había visto tan asustada; sin embargo, mantuvo su actitud digna. No deseaba dejarse avasallar por aquella despótica anciana que era su tía.

Andrea Dubois quería aguantar firme, pero tenía miedo, eso era indudable. Se sentía como apresada por unas cadenas de grilletes invisibles y de las que no quería hablar.

No soportaba bien el paso de las horas nocturnas en soledad; por ello exigía a su sobrina que permaneciera allí, en su dormitorio.

La joven se lo había tomado con filosofía. Tenía una gran butaca bastante cómoda y allí pasaba largas horas con sus libros de estudio. Luego, durante el día, era libre.

En realidad, lo que aterraba a su tía eran las largas noches de soledad, pues Coubert, el mayordomo, no dormía. No había encontrado alojamiento adecuado debido al estado de abandono de la mayoría de los servicios y dependencias de la mansión.

Lumiére, que se lo había tomado como un trabajo por el que era bien retribuida, pues ya no tendría problemas para matricularse en la Sorbona y no en plan de becaria, aguantaba. Luego, en otras

horas del día, dormía y se decía a sí misma qué ya tendría tiempo de recuperar aquellas noches en vela al lado de su tía que no estaba tan mal como ella misma se creía, pues su vejez era más psicológica que física.

Andrea Dubois se sumergió en un silencio tras tomar unas pastillas que le proporcionó su sobrina.

Ésta, desde su butaca, la observaba de vez en cuando, apartando sus ojos del libro de medicina. Quería estudiar el máximo para que luego, ya en la Facultad, las asignaturas se le dieran con más facilidad.

Estudiando una disectomía humana descrita con minuciosidad, fueron pasando las horas. En ocasiones, sorprendía a su tía con los ojos abiertos; en otras, los tenía cerrados. No decía nada, parecía bastarle su presencia cercana.

De pronto, Lumiére tuvo la sensación de que algo ocurría, algo que le produjo un estremecimiento en el espinazo; sin embargo, no podía discernir qué era.

Escuchó un goteo que en la silenciosa habitación pudo percibir claramente.

La lámpara la tenía a su derecha para iluminar mejor el libro, aquella lámpara de la que uno no se podía fiar en exceso, pues producía sombras intranquilizantes.

Lumiére no comprendía que habiéndose inventado la luz eléctrica, alguien pudiera vivir en el vibrante París de aquellos días de forma tan espectral, casi primitiva. Sólo hubiera faltado allí el extraño Joverek, al que Lumiére aún no había visto jamás.

Parpadeó un poco para ver mejor y entonces se dio cuenta de que era la cama la que producía ruido. De ella goteaba algo, algo que le hizo tragar saliva con dificultad. Era enfermera y se percató enseguida de que aquel goteo era de sangre.

—¡*Madame* Dubois! —gritó, levantándose.

Andrea Dubois la miró sin moverse, pero sus ojos no parecían verla. Había terror en ellos y su boca estaba entreabierta.

Cualquiera habría supuesto que sufría horriblemente; estaba desencajada y, sin embargo, no producía ruido alguno con su garganta.

—*Madame* Dubois, *madame* Dubois, ¿qué le sucede?

Como no obtenía respuesta, cogió el embozo de la cama y tiró

de él, descubriéndola para ver qué era lo que estaba sucediendo, el porqué de aquella sangre, pues su tía, que ella supiera, no tenía ninguna herida.

Al dejar el cuerpo descubierto, apareció sobre un charco de sangre que luego resbalaba por los costados y goteaba al suelo.

—¡*Madame* Dubois! —gritó al ver tanta sangre.

Lo que la horrorizó hasta producirle un mareo fue ver que los pies de su tía, por encima de los tobillos, habían sido separados de las piernas, como cercenados por un arma muy cortante.

La mano de Lumiére se crispó, cogida a la ropa que sujetaba en el airé, y vio qué las manos también estaban desprendidas a la altura de las muñecas y que el cuerpo comenzaba a abrirse en canal, como si estuvieran abriendo una res en una salvaje disección. La sangre brotaba por todas partes.

Su tía frente a sus ojos, se estaba descuartizando sin que nadie la tocara y sin que ella pudiera evitarlo. Era enajenante aquella situación.

Lumiére cerró los ojos tratando de suponer que se había traspuesto y que estaba viviendo una pesadilla atroz.

—No, Dios, no puede ser, es una pesadilla —gimió.

Al abrir los ojos, lo que estaba separado del cuerpo era la cabeza.

Había sido decapitada total y limpiamente, si es que se podía decir limpiamente, a la vista de aquella sangre que manchaba de rojo cuanto tocaba.

Madame Dubois quedó con los ojos abiertos, impresa en ellos aquella mirada aterrada. Parecía estar ausente, aunque los ojos ya se le habían vidriado.

Lumiére no pudo resistir más.

Se había considerado siempre a sí misma una persona valiente; había soportado muchas cosas en el hospital, en la dura vida de las enfermeras, pero aquello era superior a todo.

Dejó caer la ropa cubriendo el cuerpo descuartizado de su tía y gritó; Ni ella misma pudo oír el final de su propio grito porque se desvaneció, cayendo desplomada al suelo, junto al lecho.

CAPÍTULO II

LA salita no podía considerarse grande, aunque sí era espaciosa. En su centro había dos bancos de madera acolchada y sujetos al suelo de forma inarrancable.

Tenía dos puertas y una ventana, las tres de tela metálica espesa y muy resistente a la vez.

La luz clara de la mañana otoñal se filtraba por la alta ventana e iluminaba la estancia, haciendo innecesaria cualquier luz eléctrica. En el techo había una lámpara apagada, también protegida con rejilla. Allí, las medidas de precaución y protección no estaban de más.

Las paredes, aparentemente normales, eran de corcho prensado, y en ellas no había nada colgado ni escrito. Aquélla era una de las salitas especiales para visitas en el sanatorio psiquiátrico judicial.

Un hombre más bien joven se hallaba sentado en uno de los bancos con actitud pensativa. Se adivinaba alto y su cabello era rubio, con un ligero tono rojizo.

Inclinado hacia delante, apoyaba sus codos sobre sus propias rodillas y sostenía la barbilla con las manos. No llevaba siquiera un bolígrafo o un encendedor. Marcel Rovell conocía bien las normas de la institución dependiente del Ministerio de Justicia y por tanto no las transgredía.

Tras esperar unos minutos, la puerta contraria a la que él había entrado, se abrió y cerró, apareciendo una mujer joven. Dos fornidas matronas quedaron en silencio al otro lado de la puerta, vigilantes por si ocurría algo.

La muchacha vestía una bata qué semejaba un camisón de color gris claro. El cabello rubio le había sido recortado; ninguna de las mujeres allí recluidas llevaba el cabello largo.

Marcel Rovell se levantó despacio y aguardó en pie hasta que la joven se hubo situado frente a él, en el banco opuesto al que él

ocupara.

—¿Lumiére?

—Sí.

—Soy Marcel Rovell, aunque, mi nombre no le dirá nada. Por favor, ¿puede sentarse?

Ella se lo quedó mirando unos instantes y luego se sentó. Hacía tiempo que no la trataban con tanta deferencia.

Marcel Rovell esperó a que ella se sentara y después lo hizo él.

—Si tuviera cigarrillos, le ofrecería.

—No se preocupe, no fumo.

—Bien. Comenzaré por identificarme. No soy ningún psiquiatra nuevo de la institución.

Ella no dijo nada. Se mostraba indiferente a todo, vencida de antemano, sin fuerzas, como si hubiera tomado sedantes durante largo tiempo.

—Pertenezco al departamento fiscal del Ministerio de… Bueno, la verdad es que sería extenderme darle todos los datos ahora.

—Lo que quiere decirme es que representa a la justicia —dijo ella, más en tono de aceptación que de interrogación.

—Sí. Hay muchos casos que tanto la Süreté como la policía judicial colocan digamos en estado de hibernación porque por el momento se ven incapaces de resolverlos hasta que aparecen nuevos datos. No se puede mantener a unos comisarios e inspectores toda la vida dedicados a un mismo caso si éste no se soluciona. Aparecen otros casos y el que no tiene solución o por lo menos no se le ve próxima, se va postergando a la espera de nuevos datos. Lo cierto es que un caso no resuelto se archiva pero no se cierra, que es muy diferente.

—¿Y eso me atañe a mí?

—Pudiera ser.

—Mi caso dicen que está claro: soy una loca que descuartizó a su tía.

Marcel Rovell sonrió ambiguo.

—Eso no se ha demostrado. Su caso es difícil, muy difícil; no se archivará con ligereza. El comisario Vivoua está metido en ello hasta las cejas. Este suceso causó mucho ruido en París, aunque el tiempo pasa y la gente olvida con facilidad. Nuevos horrores aparecen y otros horrores se olvidan.

—¿Y qué quiere el comisario Vivoua, mi confesión por escrito? —preguntó sarcástica.

—No, él busca el arma del crimen y no aparece por ninguna parte. Un caso muy extraño. A usted la encontraron juntó a la cama y manchada de sangre. Se pudo diagnosticar que había sufrido un *shock* con fuerte lipotimia; sin embargo, el comisario Vivoua opina que tuvo tiempo de ocultar el arma del crimen.

—Yo no puedo decirles más de lo que ya les he dicho. No sé nada más, sólo me cabe pensar que estoy loca.

—No, no está loca…

—Pues me encuentro internada en un manicomio.

—No es un manicomio, Lumiére.

—¿Ah, no? Un manicomio para locos peligrosos, controlados por la justicia para que no vayan descuartizando a la gente por las calles de París y ya no sé cuántos meses hace que estoy internada.

—No está internada, sino retenida.

—Bonita diferencia. ¿Y para detenerme sólo tantos meses? ¿Acaso esperaban que me volviera loca de verdad como los demás que están aquí dentro y así tener un bonito espectáculo el día que sea llevada a la corte de justicia?

—No, no irá a la corte. Aquí ha estado retenida en situación de estudio y observación, y le adelantaré una noticia que mañana será oficial.

—¿Que oficialmente no estoy loca?

—Sí, si sigue empleando el término «loca».

—¿Y qué he de hacer, ponerme a llorar o a reír? —preguntó mirándole con los ojos muy abiertos.

—¿No le satisface la noticia de qué va a salir de este lugar?

—Sí, claro, pero ¿qué harán, llevarme a la cárcel de mujeres? De este modo, la pena que me caiga no tendrá atenuantes de obcecación, enajenación, etcétera. ¿Me llevarán a la guillotina?

—No diga tonterías, Lumiére, será puesta en libertad.

—¿Libertad, ha dicho libertad?

—Por favor, Lumiére, tranquilícese. Imagino lo duro que ha tenido que ser para usted haber pasado estos meses aquí dentro, pero ya sabe que la justicia es una maquinaria lenta.

—Machacante y destructora —completó la muchacha.

—Es buscando la verdad. Si se la hubiera tratado en régimen

normal no habría estado más de setenta y dos horas en la comisaría antes de hacérsele una acusación formal o dejarla libre, pero al colocarla en situación de observación psiquiátrica, es diferente, usted puede imaginarlo. No sé si soy yo quien debe darle excusas, en fin, no es ésa mi misión. En ocasiones se producen situaciones lamentables.

—¿Usted ha venido a notificarme oficialmente mi libertad?

—No.

—¿Entonces?

—Verá, es diferente. Digamos que estoy encargado de que no se apolillen los casos archivados. Yo los abro y con una perspectiva distinta a la de los inspectores y comisarios, los estudio. Veo si se han podido aportar nuevos datos y trato de cotejar unos casos con otros, buscando una salida. Vengo a representar algo así como la justicia que no duerme y que siempre está latente. Soy el que puede poner la inquietud en aquellos que ya se consideran libres de toda posible acusación porque el caso ha sido archivado. Es difícil mi situación y pocas veces fructuosa, porque donde los inspectores y comisarios no han hallado la clave de un crimen, no es fácil que la encuentre yo o quienes me han precedido, sucedan o incluso otros compañeros del departamento; sin embargo, en ocasiones sí encontramos datos importantes que luego entregamos al departamento policial correspondiente para que prosiga la investigación reabierta. Bueno, creo que me estoy haciendo prolijo.

—No, no, siga, por favor. Ha dicho qué se llama Rovell, ¿verdad?

—Sí, Marcel Rovell.

—¿Y qué he de anteponer al apellido, inspector, comisario?

—Nada. Si quiere ser mi amiga, con Marcel basta.

—De acuerdo, Marcel. ¿Qué es lo que ha visto usted en mi caso de interesante y que no ha podido ver el comisario Vivoua que me cree la más horrenda de las descuartizadoras?

—He encontrado un nombre.

—¿Qué nombre?

—Joverek.

—¿Joverek, el espiritista?

—Bueno, los espiritistas niegan que Joverek sea uno de ellos; los parapsicólogos dicen que no es parapsicólogo… Ninguna religión o

para-religión lo acepta como miembro de su comunidad, ni siquiera ocultistas y herméticos, por lo que se deja entrever en algunas revistas especializadas en estos temas.

—Entonces, Joverek, ¿qué es?

—Un hombre que tiene delirios de grandeza y pretende fundar su propia secta. Eso no es raro. Cada año, en cualquier parte del mundo, surge por lo menos una persona que pretende formar su propia secta, sea escindiéndose de la religión que venía practicando o partiendo de un ateísmo. La mayoría son gente inculta y visionaria, más digna de estar en un psiquiátrico que sueltos por la calle; no obstante, de vez en cuando surge un tipo culto, con supuestos poderes, algunos de ellos merecen ser estudiados, otros sólo se insinúan y no se ofrecen al gran público al estilo de Uri Geller. Joverek es distinto; va más allá de sacar un poco de dinero de unas facultades que, científicamente, no se ha demostrado que las posea pero que se le suponen. Cuando sale un tipo culto de esa clase, puede llegar a ser peligroso.

—¿Se refiere como Cagliostro, Papus, el conde de Saint-Germain o Rasputín?

—Algo así. Yo no puedo juzgar a la historia ni a sus personajes; no es mi misión ni poseo datos para poder hacerlo, pero Joverek vive y creo que es peligroso.

—Si es peligroso, ¿por qué no lo encierran en un lugar como éste, como me han encerrado a mí?

—Porque no tenemos nada en contra de Joverek, absolutamente nada. Que yo sepa, no ha transgredido la ley. Se le ha intentado detener en varias ocasiones, pero no hay pruebas contra él. Se ha tratado de desterrarle y se sabe que algunas llamadas telefónicas a personajes importantes han hecho revocar posibles sentencias.

—¿Quién hace esas llamadas, adictos de Joverek?

—Sí, adictos o adictas, gente que le sigue o que le teme. Esa clase de tipos alcanza mucho poder con el vicio de los demás. Después, los que han caído en sus garras temen qué abra la boca en exceso.

A Marcel Rovell le agradó que la actitud de Lumiére hubiera cambiado. Ya no parecía hundida, vencida; había rebeldía en ella y eso era bueno para recuperarse.

Muchos no resistían unos meses en aquel centro psiquiátrico

judicial, claro que a la joven sólo se la había examinado con pruebas y más pruebas para hallar su coeficiente intelectual, buscando posibles aberraciones y escrutando su cerebro con el electroencefalograma.

Otra cosa era que se siguiera una terapia de duchas frías, electrochoques, drogas, etcétera. Lumiére se había librado de todo aquello porque no se había podido demostrar que estuviera demente; eso era, por lo menos, lo que rezaba el informe médico oficial que Marcel ya había ojeado previamente.

—¿Han interrogado a Joverek respecto a la muerte de *madame* Dubois?

—No, pero se sugirió al comisario Vivoua que investigara al respecto.

—¿Y…?

—Pues que Joverek, aquella noche, se hallaba en una isla del grupo de las Cicladas, en el mar Egeo. Las autoridades griegas de la población han podido demostrarlo y a aquel lugar sólo se puede llegar por mar.

No tiene aeródromo, por lo tanto no podía desplazarse a París en sólo unas horas. Creo que en aquella isla existe una especie de templo antiguo que Joverek suele visitar, unas ruinas paganas donde se celebran extraños ritos.

—Entonces, Joverek queda descartado completamente. Además, es una estupidez por mi parte pensar en ese sujeto: Yo estaba delante de mi tía, allí no había nadie más. Se descuartizó sola frente a mis ojos. Ya sé que decir esto es demencial, pero es lo que ocurrió.

—¿Se da cuenta de que se la ha investigado por si podía haber cometido el crimen hipnotizada o por un posible desdoblamiento de personalidad?

—Sí, lo sé.

—Los doctores han dicho que no fue así. Han buscado en su subconsciente y todo lo que han encontrado en él es lo mismo que usted confesó normalmente. No hay nada oculto, perverso ni aberrante.

—Es un consuelo, ¿no? —preguntó con una sonrisa amarga, Alzó la mirada hacia el hombre e inquirió—: ¿Y Coubert, el mayordomo?

—Murió.

—¿Murió? No lo sabía.

—Es lógico. Para que usted pudiera decir la verdad, se consideró que no debía conocer ese suceso.

—¿Y cómo murió?

—Antes de llegar a la casa donde vivía con una hija suya de vida algo ligera. Fue atropellado.

—¿Por un coche?

—Un autobús. El conductor pudo decir la hora y también los pasajeros, no hay problema al respecto, y la muerte de su tía ocurrió tres o cuatro horas más tarde.

—Mejor para Coubert —suspiró Lumiére.

—¿Mejor?

—Sí, era un hombre muy dañado por la enfermedad. Vivía con un aparato ortopédico que lo sujetaba y debía sufrir muchos dolores que él soportaba muy bien. En fin, creo que la muerte no siempre es mala para todo el mundo, aunque esto sólo sea una opinión mía que mucha gente no comparte.

Se abrió súbitamente la puerta metálica y se adelantó una de las matronas del internado.

—Se pasó el tiempo —dijo.

Marcel alargó su diestra cogiendo amigable y sincero una de las manos de Lumiére.

—Déjeme ayudarla. ¿Me permitirá que esté cerca de usted, que me entrometa un poco en su vida cuando salga de aquí?

Lumiére le miró con profundidad. Vio limpieza en los ojos azul claros del hombre y asintió.

—Sí, Marcel, aunque no me ha dicho por qué tiene usted tanto interés en Joverek y que otros casos pueden estar conectados con el mío.

—Se lo explicaré en otro momento, fue algo horrible. En fin, no quiero preocuparla más. Se pasó el tiempo, ya lo ha oído. No tema, ya no pasará más de cuarenta y ocho horas entre estas paredes.

Ya puestos en pie, Marcel le tendió la mano y ella no vaciló en tenderle la suya, estrechándose ambas, con fuerza.

Marcel Rovell la vio alejarse entre las celadoras tras la puerta metálica y se congratuló de que aquella horrible experiencia que, había vivido la joven no la hubiera afectado lo suficiente como, para desequilibrar su mente. Tenía que ayudarla y descubrir, lo que había ocurrido con *madame* Dubois.

Debía desentrañar muchos misterios en los que comenzaba a sonar el nombre de aquel extraño, personaje llamado Joverek. Joverek, Joverek, Joverek martilleaba su pensamiento.

CAPÍTULO III

MARCEL ROVELL aguardaba frente al instituto de piedras grises y húmedas a bordo de su «Citröen DS» último modelo.

Cuando vio salir a Lumiére por la gran puerta, saltó del automóvil y fue a su encuentro.

—Hola, Lumiére, ¿cómo se encuentra?

—Bien —dijo.

—¿No lleva nada consigo?

—No. Me internaron sin darme tiempo a recoger nada; como vulgarmente se podría decir, fui secuestrada.

—¿Le parece que nos tuteemos? —le preguntó abriendo la portezuela para que ella subiera al coche.

—Sí, ¿por qué no? Voy a ser su prisionera en adelante, ¿no?

—En absoluto.

—Creí que el Ministerio de Justicia lo pegaba a mí para que no cometiera más locuras.

—Por favor, Lumiére… Usted presenció algo horroroso y somos muchos los que creemos que es inocente del todo.

—Muchos no quiere decir todos —puntualizó ella mientras el «Citröen DS» arrancaba, abandonando el lugar.

—Nunca se puede convencer a todo el mundo de la verdad. ¿Has pensado en hospedarte en algún hotel u otro lugar?

—¿Está cerrado el caserón?

—¿El caserón Dubois?

—Sí.

—Iba a preguntarte si querías que te llevara a él.

—Sí, ¿por qué no? A la luz del día se verá diferente que por la noche.

—Eso es cierto.

Marcel Rovell conocía muy bien el tráfico de París y conducía con habilidad, eludiendo quedar embotellado en medio de la

abigarrada circulación.

—Creo que tienes algo más que decirme, Marcel —le observó Lumiére, perspicaz.

—Efectivamente. De todas formas, te enterarás muy pronto y de forma oficial. Lo hubieras sabido ya si en vez de estar en el instituto psiquiátrico judicial hubieses estado en una cárcel. En los institutos psiquiátricos se siguen fórmulas diferentes con los internados a las habituales.

—Ya, porque se les considera mentalmente incapaces.

—Puede ser. No querrás que yo cambie un sistema que hace tantos años que está forjado, ¿verdad? —No, claro, pero debería reformarse—. Piensa que tu caso ha sido excepcional y que las reglas, para la mayoría de los internados, son válidas. Ya sabes, en la democracia ganaría la mayoría, aunque una minoría salga perjudicada en bien de esa mayoría. —¿Político también?

Marcel sonrió mientras hacía doblar su automóvil por una calle y se detenía para no atropellar a un viejo que cruzaba el asfalto apoyado en sus maletas. Éste les lanzó Una ojeada de indignación y luego prosiguió su camino con los monótonos
toc-toc,
pues no parecía interesado en ponerles topes de goma a sus muletas.

—Tu tía hizo testamento.

—Ya, y no me dejó un franco, como si lo viera. Muchas promesas: «Lumiére, podrás ser doctora sin problemas, una gran doctora salida de la Sorbona, pero tienes que cuidarme… Soy vieja y enferma y necesito quien me vele…».

—Y lo estaba, era cierto.

—Sí, y muerta de miedo también, aunque no se lo reprocho después de lo que le sucedió. Ella debió intuirlo.

—Pues, te equivocas, sí, te dejó herencia y puedes considerar que es valiosa. Me he informado al respecto.

—Vaya, al fin recibo una buena noticia.

—Salir del internado psiquiátrico también sería una buena noticia, ¿no?

—Es cierto, digamos que es la segunda. ¿Y qué me ha dejado? No estoy demasiado tranquila al respecto.

—Te lega todo el mobiliario, enseres y cuanto contiene de

accesorio la mansión Dubois.

—Hum, ya veo a los cuervos de los anticuarios acosándome.

—Es cierto, lo harán. Creo que hay piezas muy valiosas de mobiliario que te permitirán seguir adelante tu carrera y tu vida sin problemas.

—Es verdad. Mi tía podía haber salido de apuros con sólo subastar algo de lo que tenía, pero no quería hacerlo. Creo que en los últimos tiempos había enloquecido.

—Es posible. También te ha dejado una cuenta corriente bancaria de la que el fisco te arrancará un buen pellizco.

—Comprendo. ¿Y la mansión Dubois estaba hipotecada o algo por el estilo?

—No, no lo estaba. La ha dejado en testamento a Joverek.

—¿Joverek?

—Sí, veo que te sorprende. Pues a él se la ha dejado. Lo cierto es que ese sujeto también deberá pagar unos buenos impuestos para hacerse con la mansión heredada, pero estimo que tendrá de sobras ese dinero. La casa está muy bien situada y cualquier empresa inmobiliaria la dinamitaría con mucho gusto. Con el solar de la mansión y los jardines, se pueden hacer muchas cosas.

—No sé, pero tengo la impresión de que Joverek no venderá.

—Yo también lo creo. Venderla significa dinero, pero ese sujeto anda buscando algo más que dinero. Ah, se me olvidaba, tu tía también te ha legado el panteón familiar que está en el cementerio colindante con la casa.

—Pues ya tengo un lugar seguro para poderme pudrir sin problemas.

—No seas tan sarcástica, te haces daño a ti misma.

—He sido una mujer con dificultades desde la niñez.

—Todos tenemos dificultades y si no las tenemos, nos las inventamos.

—¿Filósofo?

—No, sólo humanista. Trato de comprender al prójimo comenzando por comprenderme a mí mismo. Bueno, ya hemos llegado al caserón…

—La verja está abierta —observó Lumiére.

—Lo que quiere decir que no vamos a estar solos —observó Marcel introduciendo su automóvil en los jardines de la mansión

que se hallaba rodeada por un alto muro que la aislaba de la calle.

Tras la pared de piedra estaba el muro viviente y vegetal de los grandes cedros que parecían haber hallado la tierra idónea para subsistir en aquel lugar.

Al dejar la calle e introducirse en los jardines, todo parecía ensombrecerse un poco. El sol algo bajo del otoño quedaba oculto por los altos árboles que habían sido plantados allí en superabundancia, especialmente en los límites de la propiedad.

Frente a la puerta del edificio había un coche policial y Marcel estacionó el suyo tras él.

—Me parece que vas a tener recepción. Creo que el comisario Vivoua está ahí dentro.

—¿El comisario Vivoua, el hombre que cree que no estoy loca y que simulé estarlo para poder asesinar a mi tía y así hacerme con la herencia?

—Algo así, pero no te lo tomes demasiado en serio.

—¿No, cuando él quiere llevarme a la guillotina?

—Últimamente casi no se lleva a nadie a la guillotina.

—Está bien, para darle gusto al comisario Vivoua me conformaré con una cadena perpetua —replicó Lumiére.

Marcel creyó oportuno no echar más leña al fuego.

Salieron del automóvil y entraron en la casa. En la puerta encontraron a un agente de uniforme que no identificó a Marcel, pero éste le mostró un carnet y el gendarme se apresuró a saludarle muy amablemente.

Se adentraron en la mansión. Hacía meses que Lumiére fuera sacada de allí en estado de *shock*.

—Todo sigue igual de horrible, no ha cambiado nada —opinó Lumiére.

Un hombre tosió con algo de carraspera. Era pequeño y llevaba un ajado abrigo abierto y alrededor del cuello una bufanda a listas. Llevaba la cabeza cubierta con una boina marsellesa.

El comisario Vivoua era un hombre con unos cuantos años encima. Tenía un bigote más canoso que gris y, sin embargo, no estaba más viejo de lo que era en realidad, por eso forzaba la tos en muchas ocasiones.

No lejos de él había otro individuo vestido de paisano. Era un inspector que ya tenía poco pelo en su cabeza y muchas

experiencias en su haber tras pasar largos años junto al comisario Vivoua de la P. J.

—Buenos días, *monsieur* Rovell, *mademoiselle* Lumiére… Al fin me dejan hablar con usted. Soy el comisario Vivoua, de la policía judicial.

—No puedo decir que esté encantada de conocerle, comisario.

—¿No? —Se extrañó o fingió extrañarse—. ¿Qué le sucede, *mademoiselle*, acaso me teme?

—Quizá sí.

—¿Sentido de culpabilidad?

—No, errores judiciales. Ya he estado más de medio año internada en un manicomio. No quisiera que para que usted se sintiera exitoso tuviera yo que pasarme toda la vida en la cárcel.

—Ejem, ejem, yo soy la ley, *mademoiselle*, la ley, no la justicia. Si encuentro a alguien culpable, es decir, que tengo pruebas en su contra, lo entrego a la justicia y son unos tribunales quienes se encargan de discernir si es culpable o no. Hay un jurado, unos jueces, un defensor. Yo sólo soy una minúscula pieza de la maquinaria.

—Una pieza dura y sin luz propia que espera que le pongan el reflector de la popularidad encima para refulgir como un brillante de doscientos quilates.

—Un buen K. O., comisario Vivoua —opinó Marcel Rovell.

El comisario volvió a carraspear. Miró los cuadros de los monjes esqueléticos y opinó:

—Horrible, francamente horrible. No sé cómo podían vivir dos mujeres solas aquí con estás pinturas, sin luz eléctrica y lleno de ratas, con el cementerio al otro lado de los cedros. ¿O acaso venía alguien más por esta casa?

—Salvo al mayordomo Coubert, yo no vi nunca a nadie, comisario. ¿Esa pregunta es parte del interrogatorio?

—Oh, no, no la estoy interrogando, está claro que la han dejado en libertad porque no hay pruebas en su contra, salvo qué la encontraron en estado de *shock* en el lugar del crimen junto a su víctima. Oh, disculpe, junto a la víctima, no he querido decir suya.

Mientras hablaba, el comisario Vivoua la, vigilaba con sus pupilas de abajo a arriba, ya que era más bajo que la joven e incluso, al encorvarse hacia delante, parecía más bajo aún.

—Comisario, sino es un interrogatorio, le rogaría que me dejara en paz. Ya me han interrogado hasta con drogas. Si quiere saber algo de mí, vaya al manicomio de donde acabo de salir.

—Sí, sí, claro. Sin embargo, hay algo que no encaja. Si encontrara el arma del crimen… Claro que esta casa es tan grande, con tantos recovecos, que un arma se puede esconder muy bien y no sólo un arma, sino hasta un cadáver, claro que si no hay cadáver no hay herencia. En fin… —Se volvió hacia Marcel—. Señor Rovell, ¿le ha encargado el fiscal que investigue este caso, me lo van a quitar a mí?

—No, el caso es suyo, comisario, y la justicia espera de usted que encuentre al asesino de *madame* Dubois.

—O a la asesina —puntualizó el viejo y carraspeante comisario.

—O a la asesina, de acuerdo. Yo soy amigo de *mademoiselle* Lumiére.

—De acuerdo, de acuerdo, era para puntualizar posiciones. Sería estúpido que nos hiciéramos la guerra.

—Comisario, por lo que a mí respecta, puede investigar todo lo que quiera en esta mansión. No me pertenece.

—Bueno, la mansión, que ha sido registrada, minuciosamente, no le pertenece, pero sí todo lo que contiene. Ejem, hemos procurado que los chicos de la Prensa no supieran nada de su puesta en libertad, pero cuando se enteren, caerán sobre esta mansión como moscardones y reabrirán el caso en los periódicos para aumentar sus tiradas.

—No les daré información.

—¿Ni por dinero? —le preguntó con cierta incredulidad el comisario Vivoua.

—No. Creó que no me hará falta dinero y tampoco soy persona que se prostituya.

—No se lo tome como cosa personal, pero muchas, antes de prostituirse, decían lo mismo que usted.

—Supongo que habrá que puntualizarle, comisario, que no sólo deben ser muchas, sino también muchos. Hay muchas formas de prostituirse, ¿no cree?

—Creo que será mejor que dejen de bombardearse verbalmente —medió Marcel.

—Está bien. *Mademoiselle*, cuando fije su residencia, sería bueno

que me la comunicase. Es cierto que debo atender a otros casos más urgentes; París no es Nueva York, pero poco le falta; sin embargo, el caso de *madame* Dubois sigue abierto.

—No lo olvidaré. Espero que atrape al culpable de lo que sucedió a mi tía.

—Hum —sonrió sarcástico el viejo comisario de la bufanda y la boina marsellesa—. Ah, si me permite una sugerencia, por muy modernista que sea, no vaya a decorar el salón de su nueva residencia con esos cuadritos que le ha legado su tía antes de morir descuartizada.

—Tendré en cuenta su consejo, pero ignoraba que esos cuadros fueran para mí.

Marcel puntualizó:

—El testamento está claro al respecto. Todo el mobiliario y los enseres que no constituyan parte integrante de la edificación, arquitectónicamente hablando, son tuyos. Si hubiera algún problema, tendría que intervenir una comisión de arquitectos para determinar si lo que querías llevarte es parte fundamental del edificio o no.

—No creo que haya problema al respecto. Si por mí fuera, sacaría muchas cosas fuera y les prendería fuego.

El comisario Vivoua y el inspector que le acompañaba se dirigieron hacia la puerta. Antes de salir, se volvió para preguntar:

—Perdón, *mademoiselle*… ¿Asistió alguna vez a esas ceremonias de magia, espiritismo o como las quisiera llamar su tía que se celebraban en esta mansión?

—¿Yo? Jamás he asistido a ninguna y, que yo sepa, tampoco se ha celebrado ninguna aquí.

—Pues he de admitir que miente usted muy bien o que su tía no le tenía demasiada confianza. Buenos días, volveremos a vernos.

—Creo que el comisario es más insoportable de lo que había supuesto —suspiró la joven.

—Es un excelente investigador —repuso Marcel—. ¿Vamos arriba?

—¿Arriba? No, no deseo subir. La verdad es que no sé por qué he venido aquí, debía haber ido directamente a un hotel mientras buscaba un apartamento y pedir a los anticuarios que se ocuparan de todo lo relativo a mi herencia.

—Has venido porque te he traído yo.

—Sí, claro. ¿Sigue todo igual?

—Creo que sí. Tus libros…

—¿Has husmeado en mis cosas?

—Tenía que saber un poco cómo eras para poder confiar en ti.

Ella anduvo hacia la puerta de salida cuando, a lo lejos, se oía el automóvil policial que se marchaba.

—Han escudriñado tanto en mí que ya no habría suficiente ropa en el mundo para cubrir mi desnudez. Preguntas, preguntas y más preguntas… ¿Paseamos por el jardín? No es que en otoño sea muy alegre, pero el interior de la mansión es más tenebroso.

—No hay prisa para que lo vendas todo, ni siquiera para que lo saques de la casa. Tómate tu tiempo y busca los mejores subastadores. Incluso puedes escoger alguna pieza y reservártela. Siempre es agradable tener algo de arte en casa, cerca de uno.

—Por ahora me siento muy aséptica, es decir, quiero purificarlo todo, hasta mis recuerdos. Por cierto, hubo algo que no terminaste de contarme en el internado psiquiátrico.

—¿Sobre Joverek? —preguntó como oponiendo una ligera resistencia, como si no deseara hablar.

—Sí, me dijiste que había otro caso en el que Joverek podía estar complicado.

—Está bien, te lo contaré. Quiero que sepas con quién te vas a ver o por lo menos, quién supongo yo que es.

—¿Un brujo?

—Quizá, años atrás, le habrían llamado así. Hoy por hoy, esa palabra está desprestigiada, no tiene ya la fuerza de antes. Hoy, ser un brujo es ser casi un artista, un hombre que sale en las revistas de gran tiraje y todo lo que toca se convierte en oro, simplemente porque es famoso o popular, sea artista, literato o científico.

—Es cierto —aceptó Lumiére sintiendo la hierba bajo sus pies, aquella hierba que a fuerza de ser cuidada durante años ahora nacía, natural y espontánea, aunque entre ellas surgían plantas malas. Algunas destacaban por un insultante altura, sin valor estético ni aroma alguno; otras, absorbían el alimento de las que estaban alrededor. La tierra estaba húmeda y blanda bajo el entramado de raíces.

—Dudaba entre si contártelo o no, fue algo monstruoso, muy

desagradable, y como acabas de salir de una difícil prueba…

—Puedes estar tranquilo, no han conseguido contagiarme su locura los enfermos ni los psiquiatras.

Marcel sonrió ligeramente caminando junto a Lumiére. Los cedros eran abundantes y algunos estorninos que debían viajar hacia el sur trinaban entre sus ramas.

—Estoy esperando, quiero saber a qué atenerme —apremio la muchacha.

—De acuerdo, de acuerdo. Fue aquí mismo en París. Te lo contaré según la versión que dio la propia víctima en estado hipnótico y a lo largo de varias sesiones. Pon un poco de imaginación por tu parte y yo trataré de narrártelo como ella lo contó.

—Estoy dispuesta —dijo.

Al otro lado de los cedros había una tapia y tras la tapia, el cementerio de Pére Lachaise, donde yacían sepultados Chopin, Sarah Bernhardt, Balzac y otras figuras ilustres, aquel cementerio junto a cuyos muros fueran fusilados tantos hombres en tiempos ya históricos.

Lo que Marcel Rovell iba a contar era una historia mucho más próxima, una historia trágica en la que ~ Joverek parecía haber tenido mucho que ver.

CAPÍTULO IV

MONIC era una chica muy hermosa con pasaporte norteamericano, aunque en sus venas se fundían sangres de distintas razas. Tenía unos ojos grandes, de pupilas verdosas.

Su padre había sido un irlandés norteamericano de madre judía o algo así; su madre era francesa, nacida de padre eslavo y madre sueca.

Monic había sacado, sabiamente amalgamada, la belleza de todas aquellas razas. Físicamente, se había llevado la mejor parte de cada una de ellas, sin embargo, no era excesivamente inteligente. Su carácter le había hecho perder muchas posibilidades y su memoria no era capaz de absorber un texto teatral.

Podía haber hecho muchas cosas y no las hizo. Apareció en multitud de revistas, portadas y posters, era modelo de arte fotográfico. Pero uña belleza, sin nada más detrás, cuando aparece demasiado en revistas, se quema. No es que deje de ser hermosa, sino que se piden caras nuevas, aunque no sean tan hermosas.

Monic fue perdiendo prestigio y pasó a las revistas más eróticas. Comercializó su cuerpo en el mundo de la fotografía, aunque nunca se vendió a sí misma por dinero, no se la cogió jamás en prostitución propiamente dicha.

Tampoco fue un ángel y tuvo sus líos amorosos, pero fue porque era muy emotiva y vehemente.

No tardó en ser popular en el mundo de las revistas de photo-sex. No quedó nada de Monic por aparecer fotografiado ni postura que inventarle, y como también sucede en estos casos, se quemó por mucho salir.

Así, los encargos dejaron de llover sobre ella y como tras asistir a muchas fiestas y fiestecillas no cedía a las proposiciones que le hacían, fue perdiendo interés y terminó en un local de
foto-arte

para aficionados, que es una forma de complacer a los eróticos frustrados.

Con la máscara de un supuesto arte, cualquiera, previo pago de unos francos, puede fotografiar a las modelos y en las posturas que les exige. Por supuesto, nadie considera a esto prostitución, ya que no media el más mínimo contacto entre la modelo y el supuesto artista.

Monic comenzaba a estar hastiada de cuanto le rodeaba. Había deseado ser famosa y lo había conseguido un tiempo. Sin embargo, no tenía nada de lo que ella suponía iba a proporcionarle la fama.

Malvivía en un apartamento. Había tenido joyas y las había quemado en las casas de préstamos o malvendiéndolas. Era fácil habituarse a la vida del gran mundo: viajes, vestidos, pieles, pero muy difícil mantener ese tren de vida.

Es una situación muy dura para quien ve reducidos sus ingresos y no quiere aceptar la prostitución que le ofrecen los que sí poseen el dinero en abundancia. De todas formas, las que aceptan prostituirse, a la corta o a la larga terminan como estaba Monic o quizá peor, porque Monic estaba hastiada.

Se hundía poco a poco en una depresión peligrosa y visitó a algunos médicos de escasa entidad. Comenzó a tomar euforizantes para combatir la depresión. Paradójicamente, su rostro y su cuerpo se conservaban hermosos y lozanos.

Un día, en el
foto-arte
para aficionados, apareció Joverek, aunque ella ignoraba quién era aquel sujeto.

Tras abonar en el mostrador el precio estipulado, se le entregó la máquina de fotografiar con el carrete de color incorporado.

Pasó al estudio que él pidió, pues ya sabía dónde se encontraba Monic.

Ésta le recibió con un cigarrillo en la boca, vestida con un deshabillé rojo y el cabello rubio suelto.

—Un tipo muy elegante, ¿eh? —observó. Monic al visitante que tenía la máquina de fotografiar en la mano, pero que no parecía cohibido en absoluto, como solía suceder con muchos de los clientes.

—Monic, soy un estudioso del arte fotográfico.

—Bueno, todos decís lo mismo. A ver si algún día llega alguien que resulta original —le contestó abriéndose el deshabillé y tendiéndose en aquel sofá articulado que podía colocarse de muchas formas. Los focos quedaron encendidos, iluminándola de lleno.

—Yo lo digo en serio.

—Sí, sí, está bien. Tienes quince minutos para fotografiarme, sólo tienes que decir cómo he de colocarme y listos. Soy muy profesional y sé cómo complacer a los fotógrafos.

Joverek abrió la cámara. Jaló del carrete y desveló la película ante los ojos grandes y verdosos de Monic, la cual se irguió.

—¿Qué haces; eres idiota? ¡Has estropeado la película!

—No importa, yo no uso fotografía mala. Tengo unas técnicas muy especializadas.

—Vaya, pues has perdido tu oportunidad de retratarme.

—Si me ofreces una mañana para fotografiarte en mi estudio, te doy mil francos. Aquí no ganas ni la cuarta parte.

—¿Mil francos? Tienes muchas ganas de fotografiarme. ¿Qué te traes entre manos, qué clase de trucos te gastas? He conocido a muchos tipos raros y yo no soy una…

—Lo sé y no me importa. Puedo garantizarte que no te voy a hacerte ningún dañó. Tú te pondrás en las poses que yo te diga y listos, como aquí, pero en mi estudio.

—Aquí tengo trabajo seguro. Si voy a otro lugar creerán que les traiciono.

—Si sale bien, puede que te dé otras oportunidades.

—Te advierto que no soy estúpida y no caigo en ninguna trampa.

—Yo soy un hombre importante en, todo el mundo, no soy ningún estúpido para que una mujer me creé problemas. No se trata de que te prostituyas, yo aborrezco a las prostitutas.

Y lo dijo de tal forma, con una mirada tan elocuente, que convenció a Monic de su veracidad. Sin embargo, ésta, ya muy hecha a la vida, aguantó para pedir más.

—Si tanto te interesa, pagarás dos mil francos.

Joverek se la quedó mirando con intensidad, sacó una tarjeta y se la entregó.

—Mañana a las once. —Sacó unos billetes y los arrojó sobre su hermoso cuerpo—. El resto, al terminar la sesión.

Monic leyó la tarjeta cuando el hombre hubo abandonado el estudio de
foto-arte
para aficionados.

Monic no se lo pensó mucho, el hombre le pareció de fiar. Su aspecto era elegante y distinguido, algo duro, pero con un gran poder de sugestión. Joverek era un hipnotizador reconocido, aunque no había hecho alarde de sus poderes en teatros. Joverek no se consideraba a sí mismo un ente circense.

Joverek tenía rentado un apartamento en uno de los lugares más elegantes de París.

En la sala más amplia había dispuesto un estudio fotográfico con artilugios, focos y cámaras que Monic no había visto anteriormente.

Junto a Joverek había un sujeto pequeño y enclenque con unos largos bigotes de guías caídas. Tenía una mirada muy vivaz y se movía nerviosamente de una parte a otra. Hablaba con Joverek en un idioma que la joven no entendía.

—Monic, te vas a situar a esa pantalla.

—Muy bien. ¿Y cómo?

—No con la ropa que llevas, claro. Ahí tienes un biombo, luego te daré detalles de las poses. Ha de ser algo muy artístico.

—Es el estudio más extraño que he visto nunca. ¿Para qué revista trabajas? —le preguntó con su habitual desparpajo.

—Para ninguna.

—¿Son diapositivas o fotografías sobre papel a color?

—Haces demasiadas preguntas, Monic. Tú te dejas fotografiar y yo te pago, es lo convenido. ¿De acuerdo?

—Está bien, está bien. Después de todo, no soy ninguna ingenua. Revistas en las que yo he salido deben andar por todas partes.

Joverek siguió hablando en el idioma desconocido con aquel alfeñique nervioso y de largos bigotes.

Utilizaron una máquina de fotografiar de gran calidad y también pusieron en marcha artilugios electrónicos un tanto complicados. Todo fue bien. Monic se sintió fotografiada en las actividades qué le pidieron y luego se vistió.

Joverek, sonriente, le pagó lo convenido.

—¿Satisfecho, Joverek?

—Sí, por ahora.

—Ya sabes que si quieres más sesiones puedes contar conmigo —le dijo Monic que vio muy fáciles de ganar aquellos dos mil francos.

Sus recelos habían desaparecido pues, efectivamente, no le habían tocado un solo cabello.

Pensó que Joverek era un revolucionario de la fotografía que quería hacer cosas nuevas e imaginó que sus fotografías serían exhibidas entre estudiosos, revistas técnicas o algo por el estilo. No se preocupó demasiado por ello.

Pasaron un par de meses, más o menos y Monic volvió a ver, a Joverek, al que sonrió de inmediato.

—¿Qué, más fotografías de las tuyas?

—Quiero presentarte a un grupo de amigos. Se trata de una especie de fiesta y desean ver a mi modelo.

—Bueno, si sólo se trata de acudir a una fiesta —dijo algo decepcionada.

—Cinco mil francos. Necesito presentar a mi modelo a mi público.

—Aceptado.

Monic acudió a donde le dijeron. La recogieron en un coche y se vio llevada a un aeródromo deportivo.

—¿Vamos a ir en una avioneta?

—Sí, es un poco lejos, así el viaje será más rápido.

—De acuerdo, será divertido —aceptó Monic incautamente, pues ya se fiaba totalmente de Joverek.

Durante el viaje, la joven hizo muchas preguntas y le respondieron unas cuantas cosas, aunque Monic estuvo segura de que en gran parte eran mentiras, embustes.

En realidad, ella no supo nunca a donde fue, si salió de Francia o no.

El caso es que aterrizaron en un aeródromo improvisado, era de noche. Les recogió un *jeep* particular y por un abrupto camino se dirigieron a una especie de monasterio en ruinas que Monic no pudo ver muy bien.

La llevaron por la parte posterior y se vio en un lugar frío donde había algunas cajas. Allí, Joverek le dijo:

—Desvístete.

—No fastidies…

—Te vas a poner esa túnica blanca que hay ahí.

—De acuerdo, si sólo es eso. Oye, Joverek, no se tratará de nada raro, ¿verdad? Me gusta más la luz eléctrica que las velas.

—Monic, vas a mirarme fijamente a los ojos.

—¿Vas a tratar de seducirme? —le preguntó escéptica. Joverek no era hombre al que hubiera concedido sus favores.

—Mírame fijamente…

Monic fue perdiendo la conciencia de lo que le ocurría. Se vistió la túnica blanca y le pusieron unos grilletes en las manos que sujetaron a una gran losa de piedra de la que sobresalía una argolla.

Monic se vio en una especie de templo donde no alcanzaba a ver ninguna imagen ni ídolo. Bajó vinos escalones, no lejos, había un grupo de personas que lanzaban lamentos.

—¡Escuchadme, escuchadme, todos me conocéis! ¡Soy Joverek y vosotros sois los sucesores de los penitentes de Saint Médard!

—¡Sí…! —respondieron todos a coro.

—El mundo está Heno de pecado, pecado es la carne… —comenzó a decir Joverek, y añadió muchas cosas más.

Señaló a Monic delante de todos, le arrancó la túnica, sorprendiéndola, aunque la joven no, estaba con la cabeza firme. Se sentía como flotar en un mundo de negruras y sombras monstruosas.

—¡Hay que maldecir el pecado, hay que azotar el pecado!

Los supuestos penitentes de Saint Médard, que vestían sayos, comenzaron a golpearse a sí mismos y a proferir lamentos y gritos ululantes. Luego, Monic vio a una especie de esqueleto vestido también con un sayal. Llevaba un látigo en la mano y la azotó sin piedad.

Monic se recuperó en casa de un médico privado. Debió ser sedada, pues no apareció enfurecida por ninguna parte.

Dejó su trabajo en la
foto-arte
porque mensualmente le giraban una cantidad en francos. Al principio quiso rechazar aquel dinero, se sentía humillada y no había digerido bien las cicatrices que le habían quedado de la inesperada flagelación en aquella ceremonia oculta con aquel grupo de dementes.

Había pensado acudir a la policía, pero tuvo miedo. Cambió de

vivienda y se instaló mejor gracias al dinero que recibía y por el que nada se le pedía a cambio. Monic supuso que le enviaban aquellas cantidades como compensación del daño que le habían hecho.

Un día llamaron al timbre de su nuevo apartamento y se encontró con Joverek que le miraba fijamente. Pero Monic, que se había vuelto recelosa, tenía puesta la cadena de la puerta.

—Monic, tienes que viajar otra vez.

—¿Viajar, viajar para ver a aquellos locos que se fustigan a sí mismos y que ululan como lobos hambrientos…?

—Es una ceremonia sencilla, no te va a pasar nada malo.

—¿No? Pues todavía me quedan cicatrices de la vez anterior. Tenía que haberte llevado a los tribunales por aquella faena, pero me callé.

—Te he estado pagando para que acudas cuando se te necesite.

—Pues no iré —replicó con firmeza.

—Estoy formando una secta nueva. Tú no puedes comprenderlo, pero hay gente importante metida en ello. Has de venir. Tú eres el símbolo del pecado de la carne.

—¡Váyase al diablo usted y sus penitentes! —Y le cerró la puerta en las narices.

No obstante, Monic tuvo miedo. Se cambió de nuevo de vivienda y cogió tal pánico que puso varios cerrojos en la puerta y su apartamento estaba en la séptima planta. Sus ventanas resultaban inaccesibles desde el exterior, salvo que los intrusos fueran bomberos con escaleras.

De pronto, una de las noches en que se había ido a dormir tranquilamente, Monic despertó bruscamente, viéndose ante el grupo de penitentes.

Estaba en su propia cama, como si toda ella hubiera sido trasladada a aquel extraño lugar. Los penitentes la rodeaban y sintió un pánico indescriptible.

La acusaban en lenguas extrañas y apareció la terrible imagen del esqueleto con el sayal. Quiso gritar y ningún sonido brotó de su garganta.

Aquel esqueleto-monje la insultó y le dijo muchas cosas. Luego, tomó una botella de cristal transparente y vertió el contenido sobre su rostro y cuerpo.

Entonces, Monic sí gritó de dolor, se sintió con una terrible

quemazón. Lo que le echaban encima era vitriolo.

Sus gritos fueron oídos por los vecinos y se avisó a la policía.

Se derribó la puerta del apartamento, comprobando que los cerrojos permanecían echados y la puerta no había sido abierta desde el exterior y tampoco las ventanas.

Monic fue llevada a un hospital y curada de las quemaduras del vitriolo. Sin embargo, lo que había sido hermoso y bello, quedó horrible, espantoso. Gran parte de la piel resultó quemada en profundidad, incluso fue difícil salvarle la vida.

Ciega y quemada, enloqueció. Después, pareció que la razón volvía a ella, pero alguien gritó al verla y Monic comprendió lo que ocurría. Ése fue su fin y nadie pudo acusar a Joverek, porque Joverek ni siquiera estaba en Francia aquella noche, se pudo comprobar de forma fehaciente.

Joverek se había vengado a distancia y no se le podía acusar de ello, pues no había explicación plausible para lo ocurrido.

Se trató de averiguar si, por hipnosis, Joverek había ordenado a la propia Monic que se hiciera a sí misma aquella monstruosidad, mas no se pudo demostrar tal cosa.

Joverek quedó a cubierto de la ley; no obstante, dentro de su mundillo, comenzó a ser temido y no faltaba razón para ello.

Monic había sido demasiado retratada en las revistas y hubo un fotógrafo sin piedad, deshumanizado, que consiguió fotografiarla en el sanatorio, tal como había quedado. Publicó las dos fotografías con el «antes» y «ahora» y la revista se vendió mucho. Ello sirvió para fortalecer el poder de Joverek.

CAPÍTULO V

LUMIÉRE estaba sobrecogida por aquella historia que Maurice Rovell le había relatado con todo detalle. Ahora comprendía algo más el porqué de aquellas extrañas y estremecedoras pinturas del esqueleto que semejaba un monje y que llevaba el látigo; en otras ocasiones, además del látigo, empuñaba unas enormes tijeras o sostenía retortas con humeantes pócimas.

En la mente de Lumiére se agolparon un millar de preguntas, revolviéndose entre sí.

Cada una de ellas trataba de ser racional y a la vez resultaba disparatada.

Todo era tan extraño como misterioso, tan terrorífico como increíble; sin embargo, la verdad estaba en verdad allí. La ley y la justicia deseaban esclarecer unos sucesos sangrientos y desagradables y se veía impotente porque todo había ocurrido de forma que la ley y la justicia no podían prever.

Ella misma había sido testigo de uno de aquellos horribles sucesos a los que no se podía dar una explicación racional.

Quizá ella misma sufriera algún tipo de demencia que ignoraba; eso podía ocurrir, no en vano el psicópata solía negarse siempre a creer en su propia locura. Pero no, no podía ser, la habían dejado libre e incluso le iban a entregar la herencia de su tía, una herencia aparentemente desgraciada, pero que bien vendida podía resultar sustanciosa.

No se podía comprender cómo *madame* Dubois había pasado estrecheces económicas poseyendo unos amplios jardines en el mismísimo, París, con un gran caserón algo deteriorado pero que un tipo inteligente podía transformar en hotel importante invirtiendo unos millones de francos que cualquier entidad habría entregado a crédito, tomando como aval el propio solar de la residencia Dubois.

Luego, estaba el contenido de la casa, lo que ahora era suyo y

que pese a estar descuidado y precisar restauraciones, era muy valioso, y no era una apreciación subjetiva ni estúpida.

Caminaban sobre la hierba húmeda y descuidada cuando ya la tarde había caído y las tinieblas comenzaban a devorar las sombras.

A aquellos jardines, aislados del resto de París por los altos y frondosos cedros, no llegaba el esplendor de lo que todo el mundo consideraba la Villa de la Luz.

Lumiére se disponía a soltar una cascada de preguntas, clavándolas como dardos en los oídos de Marcel Rovell que ahora caminaba silencioso a su lado, fumando un cigarrillo y esperando la reacción de la joven tras contarle la monstruosa historia de Monic, cuando unos ramalazos penetraron, casi se podría decir que profanaron los jardines de la mansión.

—¿Volverá el comisario Vivoua? —inquirió la muchacha.

Los faros se movieron a derecha e izquierda mientras el automóvil que acababa de llegar seguía el ondulante camino de los jardines que conducían a la entrada principal de la casa.

—El comisario Vivoua no se gasta un «Rolls-Royce» —observó Marcel.

Efectivamente, el vehículo era un «Rolls-Royce» de modelo bastante antiguo, pero sólido, brillante e impecable, siempre cuidado y restaurado. Poseía toda la dignidad que se le pudiera exigir.

En un automóvil como aquél podía viajar desde un monarca a un maharajá de la India, pasando por un presidente de Gobierno o la más famosa actriz de un cine millonario en dólares.

A Marcel le había sido fácil identificar el modelo y marca del automóvil porque aún no había cerrado la noche y por tanto, los faros no eran cegadores.

El «Rolls-Royce» se detuvo a poca distancia de donde se hallaban, iluminándoles con los faros.

El chófer abrió la portezuela y saltó al suelo. Era un hombre que al lado del automóvil de elevado techo, resultó pequeño, muy pequeño. Era un sujeto delgado y parecía incomprensible que condujera aquel automóvil.

Tenía unos bigotes largos, de guías caídas, y Lumiére lo identificó inmediatamente con uno de los personajes de la desgraciada historia de Monic, la chica del photo-sex.

El chófer se apresuró a abrir una de las portezuelas que correspondían a los asientos posteriores. Allí viajaban dos personas, se las podía intuir más que ver, puesto que los faros molestaban y la noche no ayudaba a la identificación.

Sólo se apeó uno de los personajes. Vestía impecable, como si en aquellos momentos se dirigiera a una sesión de gran gala en la ópera de París.

Por encima del chaqué llevaba una larga capa de fino paño británico color negro, forrada en seda pura de Tailandia de tonalidad marfil.

El hombre era extremadamente alto y delgado y aún parecía más alto de lo que realmente era al compararlo con su chófer. Sus cabellos podían calificarse de largos, abundantes y de color blanco brillante, aunque no debía de ser tan viejo.

Sus cejas, por contra, eran oscuras, lo mismo que su bigote y una pequeña barba que lucía muy recortada y en punta, dándole un aire luciferino. Su piel, aunque no podía verse bien a la luz del anochecer, era algo amarillenta y por estar tan magro, la tenía casi pegada a los huesos.

Sus ojos brillaban intensamente y sus manos tenían unos dedos extraordinariamente largos y huesudos. Parecía como si las falanges de sus dedos tuvieran que saltar por los aires con sólo darle unos golpes a sus manos.

—¿Quiénes son ustedes, qué hacen en mis posesiones? —inquirió autoritario, sin concesiones, con voz grave y un acento extranjero que no parecía desear ocultar. Se podía decir que aquel acento era germánico, aunque algún fonetista habría descubierto que arrastraba acentos eslavos.

—Buenas noches, Joverek —le saludó Marcel, con una actitud displicente que debió molestar al extraño personaje que semejaba haber sido sacado de la historia con unas largas pinzas.

—¿He de sorprenderme por ser reconocido? Soy un personaje importante, no sólo en París, sino en todo el mundo. Además, haga el favor de anteponer el tratamiento efe profesor a mi hombre.

—Si me muestra su titulación de profesor de lo que sea, con mucho gusto, Joverek —le replicó Marcel.

Lumiére se percató de que Marcel pretendía fastidiarle, romper la seguridad de Joverek, más ello no era fácil. Aquel sujeto era un

hombre perspicaz e intuitivo.

—Bien, bien, no es fácil qué me rebaje a discutir con personajillos. Ahora, les ruego que abandonen mis posesiones o tendré que requerir la presencia de la autoridad.

Lumiére quiso replicar aleo, pero Marcel se le adelantó.

—Hágalo. *Mademoiselle* es Lumiére Muaxe Dubois, copartícipe con usted de la herencia Dubois.

—Ah, ¿conque usted es *mademoiselle* Dubois? —preguntó Joverek cambiando el tono, casi esbozando una sonrisa—. La creía encerrada… Usted disculpará, pero la Prensa…

—Ya, en un manicomio, pero los doctores han diagnosticado que estoy cuerda.

—Sí, claro, los doctores han diagnosticado, la ciencia ha emitido su opinión, pero ya sabe, siempre hay suspicaces que se inclinan a creer lo contrario de lo que se les dice, porque estiman que lo contrario es más emocionante para ellos o más dañino para su prójimo.

—¿Usted es de esa clase de gente, Joverek? —le preguntó Lumiére sin dejarse intimidar.

—¿Yo? No, por favor, tengo personalidad propia y muy acusada, ya lo irá comprobando si nos conocemos mejor. Ahora, querría hablar con usted de asuntos sin demasiada importancia si a su amiguito no le importa.

—Puede hablar en presencia de él —dijo Lumiére, percatándose de que Marcel no deseaba dar a conocer su verdadera personalidad para que Joverek no se le pusiera totalmente en guardia, a la defensiva.

—Está bien, está bien. Según el testamento, puede llevarse el mobiliario y los enseres cuando quiera, pero me dejará unos óleos que hay en el gran salón.

—Unos óleos del gran salón, ¿por qué he de dejárselos? Si están ahí, me pertenecen.

—Verá; yo era muy amigo e incluso consejero de la difunta *madame* Dubois y esos cuadros los tenía ella en su mansión, pero en realidad los encargué yo.

—*Mademoiselle* tiene razón, Joverek. Los óleos están ahí dentro y usted no se puede llevar ni un clavo hasta que *mademoiselle* Lumiére recoja todo lo que le pertenece.

—Oiga, amiguito, usted no se entrometa.

—Soy el abogado particular de *mademoiselle* Lumiére —dijo, esperando que la joven no le contradijera. Lo que hizo ella fue ratificar sus palabras, demostrando mucha entereza.

—Y además, mi consejero.

—Está bien, está bien, le compro los cuadros y de esta forma zanjamos un asunto engorroso. ¿Cuánto quiere por los lienzos?

—Ya veremos. No es que esos óleos me gusten mucho, pero quizá no los venda.

—¿Se los va a guardar para usted? —inquirió entre burlón y escéptico Joverek, inclinándose ligeramente hacia delante como si hablara con una niña pequeña.

—Como son tan horribles, a lo mejor los saco al jardín y les prendo fuego.

—¡No puede hacer eso! —exclamó por primera vez, exteriorizando su indignación con un brillo especial de sus ojos, un brillo que produjo un escalofrío en el espinazo de Lumiére. Aquella mirada había tenido un ramalazo diabólico.

—Sí, puede si le parece, los óleos son suyos —puntualizó Marcel Rovell.

—Tonterías… ¿Por qué iba a quemar unos miles de francos que es lo que puede sacar de ellos? —observó Joverek, controlándose rápidamente de su anterior ramalazo de ira. Volvía a mostrarse frío y suficiente.

—A lo mejor es que a *mademoiselle* Lumiére le apetece más así —objetó Marcel, que había decidido provocarle cuanto pudiera, aunque no de forma violenta.

Tenía que descontrolarlo y sabía que eso era muy difícil; pero si Joverek adquiría poder sobre las mentes de otras personas, era más dueño de sí mismo, aunque no lo fuera tanto de sus propias pasiones.

—No obstante, creo que llegaremos a entendernos, estoy seguro de ello. ¿Cuándo sacará sus enseres de la mansión, *mademoiselle*?

—No lo sé, acabo de salir de… Bueno, aún no me han entregado los poderes oficialmente.

—*Mademoiselle* Lumiére, según las cláusulas del testamento, tiene un año de tiempo para sacar sus cosas de la mansión Dubois —puntualizó Marcel—. Mientras no transcurra ese plazo, cada cosa

deberá ser mantenida como está, pues el ocultamiento de alguna pieza podría considerarse como hurto de la misma. Como usted, si paga todos los impuestos, va a ser el propietario de la mansión, no utilizaría violencia para el hurto y por tanto no pasaría a robo. No obstante, el hurto también es delito y no creo que usted deseara verse envuelto en pleitos legales, sentado en el banquillo de los acusados.

—No, por supuesto que no. Ningún picapleitos conseguirá sentarme en el banquillo.

—¿Porque se cree muy listo o porque considera que no comete ningún delito?

—¿Es un interrogatorio? ¿Cómo ha dicho que se llama? No recuerdo haber oído su nombre, *monsieur*…

—Abogado Rovell.

—¿Y puede usted mostrarme su identificación del colegio de abogados?

—Naturalmente —replicó Marcel. Abrió su cartera y de su interior sacó un carnet que mostró a Joverek.

Éste no torció el gesto; sonrió ligeramente y al hacerlo, mostró sus dientes, muy estrechos y agudos.

—Magnífico, abogado Rovell. Por el bien de *mademoiselle*, espero que la aconseje bien.

—Así es. Ya le habrán informado de que todos los bienes de la mansión Dubois están fotografiados y muchos de ellos catalogados ya por algunos anticuarios impacientes.

—Descuide, no tocaré ninguna pieza, no es mi intención hurtarle nada a *mademoiselle* Lumiére. No obstante, quiero estar en contacto permanente con ella porque pienso reparar y acondicionar la mansión. Vendrán restauradores, en fin, ya saben, algunas obras de acondicionamiento y también para terminar de adquirir esos cuadros sin necesidad de pleitear por ellos, puesto que fui yo quien los pagó, aunque los entregaran a *madame* Dubois para que me los guardara en depósito.

—¿Eso lo puede demostrar con documentos? —le preguntó Marcel.

—No. Si pudiera demostrarlo, no le ofrecería una cantidad aceptable a *mademoiselle*. Es lógico que de este asunto *mademoiselle* Lumiére quiera sacar el máximo rendimiento, pero llegaremos a un

acuerdo, estoy segura de ello.

—*Mademoiselle* está ahora muy cansada.

Lumiére iba a alejarse en compañía de Marcel, pero se vio cogida por la mano. Joverek, muy ceremonioso, sin dejar de mirarla a los ojos con aquellas extrañas pupilas tan brillantes que poseía, la besó en el dorso de la mano.

—*Mademoiselle* espero que cuando esté instalada en su nueva residencia me llame para comunicarme su dirección.

—Sí, claro —asintió ella maquinalmente.

Poco después, el «Citröen» de Marcel Rovell abandonaba la mansión Dubois.

—¿Qué te ha parecido el sujeto? —le preguntó Marcel.

—Impresionante, pero ¿quién era el que estaba dentro del «Rolls-Royce» y que no se ha apeado en ningún momento?

—No lo sé, intentaré averiguarlo. Son unos tipos muy siniestros. Si no fuera por los horribles sucesos de que han sido víctimas Monic y *madame* Dubois, serían sólo grotescos, pero en esa forma son terroríficos además.

—¿Sólo han sido ellas las víctimas de sucesos extraños en que ha aparecido el nombre de Joverek?

Como muy preocupado en la circulación, Marcel Rovell tardó en responder. Al fin, lo hizo.

—La verdad es que hay más muertes que han sido inexplicables. Sólo en dos más puedo estar seguro de que Joverek andaba de por medio pero, como siempre, tenía perfectas coartadas.

Sobre París descendía una neblina otoñal; Lumiére agradeció que Marcel conectara la calefacción. Después, preguntó:

—¿Cómo fueron esas muertes?

—Olvídalo. Después de todo, no hay pruebas.

—Quiero saberlo.

—Bien. Una mujer de la alta sociedad inglesa, residente en París, se quemó viva mientras dormía. Se supuso que era una colilla de tabaco encendida, pero aquella mujer no fumaba.

—¿Y ardió la casa?

—Lo curioso es que el fuego sólo la consumió a ella. Se llenó la habitación de humo, pero no se quemó más que su cuerpo y las ropas que vestía, es decir, el camisón.

—¿Cómo es posible que el fuego no prendiera en el lecho?

—No se pudo dar una explicación y cómo se ventiló la vivienda, no hubo posibilidad de analizar los gases de la combustión. El caso es que murió abrasada viva en su propia cama, ésa fue la nota de Prensa. La policía no halló explicación alguna a lo sucedido, mas se resignó a sentenciar el caso como accidente y está archivado, pero no cerrado. Es algo misterioso, incomprensible, e investigando la vida de *mistress* Bletty, averiguamos que frecuentaba las extrañas reuniones de Joverek.

—Ya, cuando se produce una misteriosa muerte en la cama, por la noche y sin que nadie intervenga aparentemente, el nombre de Joverek está complicado en ello.

—Eso parece. También se extrajo un cuerpo de las aguas del Sena, un hombre que había muerto flagelado. Era un sujeto importante, un *gourmet* muy considerado y pesaba ciento veinte kilos largos a pesar de no ser muy alto. El caso es que no se pudo averiguar quién lo había matado a latigazos.

—¿Y Joverek estaba en París o en una de esas islas griegas?

—En esa ocasión, pudimos constatar que se hallaba en la isla de Pascua, al otro lado de la tierra. Comprenderás que así no se le puede acusar.

—Pero ¿qué poder es el que utiliza para matar a distancia?

—Se llego a sospechar que pagaba a sicarios, pero se ha sondeado el mundo del hampa y se han apretado las clavijas a los soplones y nada. Joverek no es un individuo conocido entre ellos. Al parecer, ningún posible sicario del mundo del hampa de París ha intervenido en esas muertes tan misteriosas. ¿Me permites que te recomiende un hotel?

—Si me conceden crédito hasta que tenga dinero, porque estoy sin blanca —observó ella.

—Yo te concedo mi crédito. Deja que me ocupe de los gastos y cuando estés sumergida en montañas de francos ya me pagarás.

—No será tanto —rió ella por primera vez.

—Esta noche, sino estás muy cansada, te llevaré al Lido. Verás cómo en unas horas olvidas meses de tu pasado. Será como haber sufrido una pesadilla que ya quedó atrás.

—De acuerdo, Marcel, me pongo en tus manos. Por cierto, ¿eres abogado de verdad?

—Sí. Si no lo fuera, no podría desempeñar el cargo que ocupo en

el departamento de fiscalía en el Ministerio de Justicia.

—Entiendo, lo que quiere decir que en el ministerio no eres un pececillo cualquiera.

—Tampoco soy una ballena.

—¿Lo dejamos en tiburón? —inquirió ella sonriendo.

—No me sobreestimes, aunque tampoco me gustaría que me consideraras un carpín de colores metido dentro de un acuario.

Aceleró la marcha introduciéndose en las parpadeantes luces del París nocturno mientras Joverek y sus acompañantes, con una lámpara de mano, recorrían la mansión Dubois, desde cuyas paredes, los horribles cuadros del montaje-esqueleto, parecían vigilarles atentamente.

CAPÍTULO VI

EN presencia de Marcel Rovell, Lumiére había aceptado un cheque de cincuenta mil francos como anticipo de compras por parte del prestigioso anticuario Boulang.

En el contrato se había especificado que la joven sólo le vendería las piezas y enseres que creyera convenientes, a unos precios justos, y que estaba obligada a venderle por encima de los quinientos mil francos. Así, mantenía opción para vender a otros anticuarios. De esta forma, Marcel Rovell la había protegido de quedar presa en las garras de Boulang, que por muy buena persona que pareciera, por encima de todo era un comerciante y se llevaría de la mansión Dubois cuantas más cosas pudiera mejor y a los precios más bajos posibles.

Rovell ya había advertido a la muchacha que no se dejara ablandar por lágrimas y quejas del anticuario.

Lumiére se sentía ya más segura. Se había comprado ropa nueva e incluso había adquirido a crédito, previo pago de un anticipo, un pequeño pero eficiente «Renault-5» color blanco con el que se dirigió a la mansión Dubois.

Había acordado encontrarse allí con el anticuario y deseaba llegar un poco antes para observar de cerca lo que podía poner a la venta y husmear dentro de los cajones, aunque no iba a encontrar nada extraño. La policía ya, lo había escrutado todo buscando la posible arma del crimen.

El notario testamentario le había entregado ya los poderes de propiedad y un par de llaves de la casa que debería entregar al profesor Joverek en el plazo de un año como máximo.

Con las llaves en su bolso, iba más tranquila a la mansión. Podría entrar aunque Joverek hubiera ordenado cerrarla, como era lógico suponer.

Sin embargo, encontró la verja entreabierta y se introdujo en el

jardín con su pequeño automóvil utilitario, que para lo que ella precisaba era más que suficiente en potencia y velocidad.

Con anterioridad, en su período de recién graduada como enfermera, había tenido un cochambroso dos caballos de segunda mano que la había puesto en múltiples aprietos. Ahora tenía su primer coche nuevo; olía distinto.

Tras ascender la serpenteante pendiente entre los cedros, divisó un buen número de coches aparcados.

Eran automóviles lujosos y grandes, de costosas marcas. Algunos llevaban matrículas extranjeras y sus chóferes charlaban entre ellos, fumando cigarrillos.

Al verla llegar, se fijaron en ella y observaron cómo Lumiére aparcaba su vehículo. Los decepcionó al no meterse contra ningún seto.

Dejó su utilitario encima de la hierba y sin decir nada aquellos chóferes de gente rica, penetró en la mansión.

Escuchó voces en el salón y se dirigió a él.

Allí había un grupo de personas entre las que abundaban las mujeres que estaban por encima de los cuarenta o cincuenta años. Sólo dos de ellas parecían más jóvenes.

Todas lucían pieles costosas, joyas y vestidos de importantes y cotizados modistas. También había hombres, la mayoría de avanzada edad, pero sólo cuatro o cinco, cuando las mujeres sumarían una quincena como mínimo. Aquello parecía una reunión, de la alta sociedad dentro de un salón sucio y pasado.

—Por favor, por favor, silencio. Acaba de llegar *mademoiselle* Dubois —dijo Joverek abriéndose paso.

Lumiére vio avanzar hacia ella a aquel hombre. Vestía un traje negro y encima seguía llevando su capa negra forrada en seda tailandesa color marfil. Aún de día, a la débil luz que se filtraba por los ventanales, aquel hombre impresionaba.

No era raro que tuviera seguidoras, como también las había tenido Rasputín, Papus o el mismo Charles Manson y este último fue un carnicero reconocido.

—Soy Lumiére Muaxe Dubois —corrió ella.

—¿Muaxe? Ése es un apellido sin prestigio, usted es una persona importante como *mademoiselle* Dubois.

La cogió de la mano como si se dispusiera a sacarla a bailar y la

hizo pasar entre la gente allí reunida.

—*Madames, monsieurs*, atención, por favor —pidió Joverek, situado en un ábside del salón que al fondo tenía una gran cristalera de colores. Aquella sala podía convertirse perfectamente en una extraña iglesia.

Lumiére descubrió entonces al hombre pequeñito de los bigotes de largas guías. También había allí unos focos, una cámara de fotografiar muy profesional y otros artilugios electrónicos situados encima de una mesita bajo la cual había unas baterías eléctricas tipo automóvil.

En una butaca, silencioso, como traspuesto, había un extraño ser oriental que vestía un sari dorado, cruzado en diagonal por una franja naranja.

Parecía hallarse en actitud de meditación. Sus ojos apenas eran una fina línea. Su boca era grande, muy grande, y babeaba ligeramente por las comisuras.

No tenía un solo cabello visible, ni sobre la cabeza ni en pestañas o cejas. Su piel era fina y oleosa.

Aquel oriental produjo una viva inquietud a la joven. ¿Qué haría allí, formaba parte del grupo de Joverek, lo utilizaría acaso? Lumiére se dio cuenta entonces de que las personas que la rodeaban tenían una mirada especial, no le parecieron demasiado normales.

Ella era enfermera y, por si fuera poco, había pasado por el instituto psiquiátrico judicial. Se dijo que algunas de aquellas mujeres no harían mal papel dentro de un psiquiátrico pese a sus pieles, a sus vestidos caros y a sus joyas.

—Joverek, hoy mismo comenzaré a vender algunas piezas —dijo con firmeza.

—Muy bien, muy bien. ¿Ha pensado en los cuadros?

—Sí.

—Y claro, me los venderá ahora.

—No, no pienso venderlos.

—Habrá alguna forma de convencerla, ¿no?

—No lo creo. Espero que sus amistades no toquen nada de donde está hasta que sea vendido.

—No tema, no le vamos a hurtar nada, *mademoiselle*. Le agradecería que se acostumbrara a llamarme profesor Joverek, es más respetuoso y usted tiene edad para ser mi hija.

Lumiére notó a faltar la presencia de Marcel Rovell. A su lado se habría sentido más segura, pero él no estaba allí y le resultaba difícil zafarse de la influencia sugestionante de Joverek, aquel hombre que tenía sus adictos y adictas y no precisamente en la escala débil económicamente hablando.

—Está bien, si tanto se empeña le llamaré profesor Joverek. Supongo que tendremos que vernos en varias ocasiones más.

—Sí, claro que sí. Es lógico; parte de mis bienes encierran los que son suyos. Bueno, no será problema, *mademoiselle*. Éstas son algunas de mis amistades. Son aficionadas a muchas cosas, entre ellas, la búsqueda de la verdad, del convencimiento de que el mundo se degrada retozando en el pecado. —Sorprendentemente, añadió—: También sienten gran interés por la fotografía-arte.

—Pues no veo que lleven sus cámaras preparadas. Si lo que desean es fotografiar las interioridades de la mansión, pueden hacerlo, pero…

—Oh, no, ellos no son fotógrafos.

—Profesor Joverek, ¿la va a fotografiar a ella? —preguntó una de las mujeres de avanzada edad.

Lumiére se fijó entonces en que todas lucían una joya de oro que era una especie de coronita de espinas. Algunas la llevaban colgando del cuello con una cadenita, otras prendida de sus vestidos y también los hombres exhibían coronitas de espinas, de tamaño más pequeño.

—Sí, claro, si *mademoiselle* nos lo permite. La tomaremos como modelo y le haremos uñas fotografías.

A la mente de Lumiére acudieron de inmediato los ecos de la lúgubre historia de Monic, la chica del photo-sex. Tuvo un miedo profundo y repentino.

—No, no voy a dejar que me retraten.

El profesor Joverek la había cogido por la mano; aparentemente con mucha delicadeza, pero sus dedos semejaban garfios de acero y no lograba desprenderse de ellos. Joverek sonreía, como muy seguro de la situación.

—Si sólo serán unas fotografías… Podemos prometerle que no las entregaremos a la Prensa ni a las revistas, por supuesto.

—No, no quiero que me haga ninguna fotografía —se rebeló, como intuyendo que con el retrato iba a perder su personalidad. No

acertaba a explicárselo, pero presentía algo de eso.

—No le vamos a hacer ningún daño, *mademoiselle* Lumiére, luego se viste y listos, es puro arte.

—¿Arte? No, no cuenten conmigo —dijo decidida.

Quiso escapar y Joverek la retuvo, oprimiendo su mano con más fuerza.

Lumiére se vio rodeada de aquellas mujeres y hombres que se pegaron tanto a ella que casi la asfixiaron con la presión de sus cuerpos. No podía moverse. No comprendía aquella reacción en gente que se suponía fina y educada. La tenían como apresada e, incluso, un par de manos la sujetaron por el cabello y la nuca.

—¡Suéltenme! —gritó.

—Tranquilícese, tranquilícese —le pidió el profesor con voz suave.

—¡Quiero irme! —exclamó al borde de la histeria, dominada por el pánico que sentía.

Con tantos cuerpos, con tantas manos oprimiéndola, era como si estuviera apretada dentro de un colchón que no la dañaba, pero tampoco la dejaba escapar.

—Tranquila, tranquila, todos la queremos. Míreme a los ojos, Lumiére… Relájese, por favor, relájese.

—¡No, no quiero relajarme, quiero irme, quiero irme! —repetía la muchacha cada vez con menos fuerza.

—Usted está tranquila, *mademoiselle*, todos la queremos. Usted se relaja poco a poco, se relaja poco a poco…

—No, no quiero —gimió ella, sin poder rehuir aquellas pupilas enormes y brillantes, dotadas de una poderosa sugestión… Joverek tenía magnetismo en sus ojos y sabía emplearlo.

—Quiero irme, quiero irme —suplicaba, ya sin fuerza alguna.

—Nadie la detiene, pero no se irá, no quiere irse —le decía ahora Joverek.

Efectivamente, cuantos la habían sujetado alrededor como para que no escapara, para que quedara sometida al poder hipnótico de Joverek, se habían apartado. Estaba libre pero no se iba. Se sentía como si las fuerzas físicas y anímicas hubieran escapado del interior de su cuerpo.

—*Mademoiselle,* todos la amamos y usted va a hacer lo que yo le diga, y lo que yo le pida —repetía Joverek, despacio y convincente.

—¡*Mademoiselle* Lumiére, *mademoiselle* Lumiére!

Aquella llamada, hecha a media voz, sonó atronadora en la mente de Lumiére, arrancándola de un estado de subconsciencia del que ya parecía estar despertando.

Se descubrió a sí misma, abotonándose la blusa y aún tenía por cerrar la cremallera de la falda. Parpadeó sin comprender, no sabía lo que había ocurrido. Miró hacia delante y sólo vio al anticuario Boulang.

Joverek, el hombrecillo de los bigotes y el repugnante oriental sin cabello y que babeaba, habían desaparecido. Buscó la máquina de fotografiar y los artilugios electrónicos que tanto la habían inquietado y tampoco estaban.

—¿Dónde, dónde?

—¿Dónde qué, *mademoiselle*? —preguntó el anticuario acercándosele.

Era un hombre de apariencia muy respetable y que llevaba un bastón de empuñadura blanca en la mano.

—¿Dónde están ellos?

—¿Quiénes son ellos? —preguntó Boulang.

Nerviosa, torpe, Lumiére cerró la cremallera de su falda y también el último botón de la blusa. Luego, se puso la chaqueta que hacía juego con la falda.

—Ellos son el profesor Joverek y sus seguidores.

—Yo no veo a nadie, *mademoiselle*, a nadie —manifestó el anticuario mirando alrededor.

Lumiére corrió hacia el jardín, sorprendiendo a Boulang.

En el exterior descubrió un automóvil desconocido que supuso era el del anticuario y luego estaba su nuevo «Renault-5», nada más. Los lujosos automóviles que viera a su llegada se habían esfumado.

Corrió sobre la hierba girando sobre sí misma, sin comprender lo que había sucedido. Se inclinó sobre el suelo y descubrió rodadas de automóviles grandes y pesados.

Las tocó con sus dedos para convencerse de que no eran una ilusión óptica que pudiera traicionarla, pero allí estaban las rodadas. La tierra húmeda, pese al entramado de las raíces de la hierba, las había conservado.

—¿Sé le ha perdido algo, *mademoiselle*? —preguntó el anticuario desde la puerta de la casa.

Lumiére musitó, más para sí que para que Boulang la oyera:

—Sí; creo que sí he perdido algo…

—¿Puedo ir mirando lo que me interesa y haciendo una lista?

—Sí, puede.

—De acuerdo, *mademoiselle*, después ya le daré una copia de la lista y verá cómo nos ponemos de acuerdo —dijo Boulang, internándose de nuevo en la casa, interesado por algunas de las piezas que ya había visto.

CAPÍTULO VII

LUMIÉRE tenía ya su pequeño apartamento alquilado en el centro de París. Se trataba de una buhardilla desde la que podía divisar el Sena y a lo lejos, Notre Dame.

Estaba ubicada en una edificación que resultaba difícil saber si era vieja o antigua. La casa tenía muchos años y seis pisos, con un vetusto ascensor de madera y cuatro puertas que funcionaba bastante bien si no se ponía atención a los mil pequeños ruidos que producía a su paso. Era una sinfonía de ruidos metálicos sobre un muro de silencio. En aquel edificio no había niños; no se escuchaban gritos, llantos, ni protestas o rabietas. Allí sólo vivía gente mayor.

El casero había tenido el acierto de remozar la buhardilla, quitarle las goteras, cambiarle los cristales normales por otros de diez milímetros de grosor y colocar aislantes térmicos de fibra de roca.

El suelo estaba perfectamente enmoquetado, de modo qué había tenido que encarecer su precio; pero era seguro que la alquilaba y así fue.

Lumiére estaba ya aposentada dentro, pagando mil doscientos francos mensuales.

La buhardilla-estudio, muy acogedora, con todo el sabor de París, consistía en un estudio bastante amplio, un dormitorio de no menos de diez metros cuadrados, un cuarto de aseo modernizado y una cocina empotrada en el salón y que quedaba oculta después de usarla.

Tenía allí sus libros y otros recién comprados, una guitarra española y pocas cosas más. Deseaba adquirir algunas telas y hacer trasladar algunos muebles que le interesaran desde la mansión Dubois, piezas pequeñas, pero que fueran útiles y al propio tiempo artísticas.

Aquellas piezas darían un aire de valor a su buhardilla y también personalidad. El anticuario Boulang le había prometido restaurar las piezas que la joven quisiera reservarse.

Marcel Rovell fumaba sentado en el sofá que le había dejado el propio casero y del que Lumiére pensaba desprenderse. Aunque resultaba cómodo, no era de su gusto. De la mansión Dubois se traería uno al que le tenía la vista echada. Lo haría restaurar y quedaría perfecto.

—Me parece un nido estupendo —opinó Marcel—. ¿Y en verano saldrás a tenderte sobre las tejas para tomar el sol?

—No, no se puede. Al remozar el apartamento, han fijado las cristaleras herméticamente salvo una que ya queda en una pendiente. Es prácticamente imposible salir al exterior, pues caerías al vacío.

—¿Y cuando aparece una gotera, por dónde salen a hacer el remiendo?

—Por una compuerta que hay en la propia escalera, encima de las poleas del ascensor.

Lumiére se sentó en el sofá junto a Marcel. Suspiró antes de decir, mirando alrededor:

—Hasta que no esté como yo deseo, no se verá bien. Faltan los muebles más importantes y no quiero comprar cuatro trastos de plancha de aglomerado.

—Teniendo la herencia de *madame* Dubois, no necesitas comprarte muebles de calidad standard.

—Eso es lo que he pensado: Por cierto, no me has dicho si has averiguado algo.

—No me gusta comentar las cosas que averiguo.

—¿Secreto judicial? —inquirió escéptica.

—En parte, hay algo de eso y también es que no quiero sugestionarte. Éste es un caso extraño.

—No puedes mantenerme al margen. Estoy metida en el lío hasta el cuello.

—Es verdad.

—Tú no querrás qué me calle si averiguo algo, ¿no?

—Correcto, Lumiére, correcto —aceptó.

—Entonces, ¿por qué no me dices algo? No quiero ser la gallinita ciega en este juego.

—Lumiére, ¿sabes que eres muy hermosa?

—¿Hermosa yo? ¿Qué te propones ahora, hacerme el amor? ¿Es ésa la forma en que piensas evadir las respuestas que te pido respecto a todo lo que ocurre con Joverek?

—No. Por supuesto, no me importaría amarte. Supongo que muchos te habrán dicho que eres hermosa y habrás tenido que oír toda clase de proposiciones.

—Eso es cierto, pero respecto a eso: punto.

—¿Por qué «punto»? ¿Niegas el amor entre hombre y mujer?

—En absoluto, lo que rechazo es prostituirme o simplemente hacer el amor sólo por el sexo. Yo quiero el amor completo: espiritual y físico, fuertemente unidos, y eso creo que me lo proporcionará el hombre al que ame.

—¿Todavía no has amado a nadie?

—Todavía no, y punto.

—De acuerdo, y punto. Pero ¿de verdad una chica como tú aún no…?

—¡Y punto! —insistió ella riendo pese a que quería imponer severidad a su actitud.

—Y punto, y puntos. A ver si no se me olvida.

—Ahora dime qué has averiguado acerca de lo que te expliqué.

Marcel suspiró. Se echó hacia atrás; apoyando la nuca en la parte alta del sofá para descansar su cabeza. Expulsó el humo entre sus labios y sin ser turbado por ninguna corriente de airé, ascendió vertical hacia el techo.

—Joverek ha fundado la, secta de los sucesores de los penitentes de Saint Médard.

—¿Los penitentes de Saint Médard? —repitió perpleja.

—Sí, fueron unos sujetos del siglo XVIII. A un clérigo y a su hermano les dio por fundar esa secta de penitentes y celebraban sus orgías masoquistas en el cementerio.

—¿Orgías masoquistas? ¿Quieres decir que sufrían y lo pasaban bien sufriendo?

—Sí, eso parece; de lo contrario, después de una primera experiencia, no hubieran repetido. Hubo una de sus prosélitas que se hizo hasta crucificar. Luego, iba con clavos en los talones andando por París. Ya puedes imaginarte la época oscurantista. Se flagelaban unos a otros o llevaba la ceremonia principalmente con

si tralla el clérigo fundador. En fin, sectas de sujetos psicopáticos, como mínimo se forma una cada diez años y otras que ni siquiera llegan a ser escritas en la historia, creo que varias al año. Siempre hay sujetos que quieren fundar sus sectas y se consideran seres mesiánicos, cuando lo que son, en su mayoría, son psicópatas con mentalidades esquizoides y paranoicas. Eso te lo podría explicar un psiquiatra mejor que yo.

—¿Y cómo aparecen esos sujetos?

—Pues lo mismo que, en tanto por ciento, pueden salir premios Nobel o místicos sinceros y verdaderos. La naturaleza no es perfecta contra lo que suele decirse. Fabrica sujetos vulgares y corrientes con una serie de pequeñas taras. El que no tiene una, tiene otra y quien no la sufre en la niñez, la padece en la vejez. También aparecen tipos superdotados físicamente que van a las olimpiadas. Otros están superdotados para convertirlo en oro y otros, para desenvolverse en el mundo de las ciencias o las artes. También, desgraciadamente, surgen seres vulnerables por psicopatías o satanismos. Hay gente para todo y lo malo es que cuando un sujeto como Joverek se da cuenta de su poder sobre el prójimo, se convierte de inmediato en líder, formando grupo poco después.

—¿Y la gente le sigue?

—Sí, hay gente para todo, ya te lo he dicho. Hay muchos seres que son débiles mentales, inmaduros o todo lo contrario, han entrado en una senilidad acelerada. Otros tienen miedo a la muerte o son psicópatas potenciales aunque jamás hayan pisado un manicomio.

»Hay líderes sectarios que con tal de tener un grupo que le escuche y le siga, aceptan lo que venga tras él. Joverek es distinto. Él, al parecer, tiene unas metas claras. Escoge a sus seguidores entre gente importante y muy rica, especialmente mujeres que ya han entrado en la menopausia y por desequilibrios anímicos son víctimas propicias. Una vez las tiene sujetas, ya no las deja escapar. No me extrañaría que las chantajeara de una forma u otra. Ellas harán lo que él les pida para que no hable. Pequeñas sectas como ésta las hay en París, Londres, Nueva York o Francfort. Están en todas partes y resultan muy peligrosas cuando están compuestas como la de Joverek. Hay mujeres importantes entre sus seguidoras. A través de ellas, Joverek puede llegar al dinero o al poder de sus

respectivos maridos. ¿Te das cuenta del dominio que podría ejercer en la política y las finanzas dominando a un determinado grupo de mujeres importantes que pesaran luego en la vida de sus esposos?

—Pensando en Rasputín, Nostradamus y otros, me doy cuenta. Alcanzaban poderes inauditos en la política.

—Pues eso es lo que parece desear Joverek. Es muy peligroso, ya no sólo por sus crímenes, sino por lo que a la larga puede llegar a conseguir.

—Es cierto, no lo había sospechado.

—Estudiando la situación y en hipótesis, la mansión Dubois le interesaba mucho. Es perfecta para sus fines y para darle forma de templo. Tiene un cementerio de 47 hectáreas junto a los muros de los jardines y para esa secta de los sucesores de Saint-Médard, tener el cementerio próximo es primordial, porque en ocasiones realizan paseos por el cementerio en penitencias, flagelándose. Digamos que la decoración y el marco es idóneo para sus planes.

—Sin embargo, no acabo de comprender cómo le siguen.

—Indiscutiblemente, Joverek tiene poderes que escapan al raciocinio de la ciencia ortodoxa. Se dice de él que estuvo con los hermanos mayores de los Rosacruces; sin embargo, como era codicioso en el poder, no se le llegó a aceptar en la secta. Ha estado en el castillo de Saint-Germain; ha recorrido la India y el Nepal y ha estado en lugares ruinosos donde se ocultan supuestos secretos antiquísimos. Se le considera un entendido en hermetismo y ocultismo. Esas mujeres creen que haciendo lo que Joverek les exija, a través de fuertes penitencias, no en cada momento, sino en sus ceremonias secretas, conseguirán que Joverek les devuelva la juventud perdida. En fin, estupideces de gente inmadura que no se resigna a aceptar las cosas como son. Aparentemente, son personas muy espirituales; sin embargo, lo basan todo en lo físico. En fin, no creo que se les pueda aplicar fácil terapia a esas viejas y viejos decadentes que se agarran desesperadamente a la vida que ven se les escapa y para lograrlo, son capaces de lo que sea, hasta de ponerse en manos de un tipo como Joverek. No hay que descuidarse en absoluto porque Joverek, con sus medios, quiere obtener un poder y lo conseguirá si no se corta su avance. Y claro, por encima de todo, están esos extraños crímenes ya cometidos y que por lo visto no se le pueden imputar. Ese personaje ha llegado muy lejos,

ya tiene las manos manchadas de sangre y no se detendrá ante nada.

—¿Y sobre el oriental del sari dorado y naranja?

—Sé poca cosa. Curiosamente, tiene pasaporte británico de segunda, pero creo que es de la India. Allí debió encontrarlo Joverek y se lo trajo como protector.

—Pero, ese sujeto, ¿qué hace?

—No lo sabemos, es un supuesto gurú o algo por el estilo. Como las religiones orientales están de moda, no es raro ver a un personaje de esa clase. Es más, cualquier secta que se precie ha de tener algo de oriental, ya nadie se conforma con lo totalmente occidentalizado. No sé qué más puede hacer ese gurú, es posible que ni siquiera hable francés y que Joverek traduzca sus palabras según le interese y a su manera.

—Hemos de deducir que Joverek ha hecho su propia y particular mezcolanza de pseudoreligiones, ocultismos, magias y otras cosas.

—Aunque lo diga en broma, es una especie de potaje de todo eso que Joverek maneja según le conviene.

—Al parecer no ha descuidado ni la técnica moderna por la fotografía y los artilugios electrónicos que posee.

—Y no sabemos qué consigue con ellos. También podría ser algo sólo decorativo y efectista, un aparato con enchufes y ojos electrónicos que luego no sirve para nada.

—¿Y si sirve?

—Pues habrá que averiguarlo. Hay ocasiones en que un aparato o cuadro, cualquier cosa, sólo sirve para producir miedo a una persona o personas. Es un medio que utiliza el sugestionador para mantener sujeta a su víctima, pero luego, analizado fríamente ese medio, nada puede hacer, pues no sirve para nada.

—Me gustaría estar más convencida de eso, Marcel.

—¿Tienes miedo a ese artilugio que viste ante ti?

—No sé qué decirte, ignoro qué se puede hacer con él. Estoy segura de que me hipnotizó.

—Si eso pudiera probarse, Joverek tendría problemas.

—No creo que pueda demostrarlo porque los testigos irían a favor suyo y no mío.

—Es cierto, los testigos son sus prosélitos.

—Ignoro que pudo hacer con aquellos chismes y la cámara de

retratar.

—Si aparece alguna fotografía tuya que provoque escándalo, la justicia lo atrapará. No creo que a él se le escape ese detalle.

—Entonces, ¿por qué querían fotografiarme?

—No lo sé, Monic no pudo explicarlo bien.

Se inclinó hacia Lumiére pasando su brazo por delante de ella y acercó sus labios a los femeninos, besándola con suavidad. Tratando de ser convincente, musitó:

—No tengas miedo, Lumiére, lo atraparemos.

—¿Antes o después de que haga una salvajada conmigo?

—Antes, naturalmente.

—Pues a ver si os dais prisa. Empiezo a tener miedo, mucho miedo. No creía que nadie pudiera hipnotizarme como él lo hizo.

—Has de oponer más resistencia. ¿Quieres ir a un psiquiatra para que te saque de la cabecita lo que te pudo suceder el tiempo que permaneciste hipnotizada, en manos de Joverek?

—No, no, prefiero que no.

—Si accedieras, podríamos averiguar algunas cosas más sobre él.

—¿Es eso lo que quieres pedirme? —Se molestó Lumiére—. No quiero volver a someterme a experiencias de esa clase. Deseo ser dueña de mi mente en todo momento. Anda, Marcel, sé bueno y márchate, estoy cansada y no vas a camelarme para que luego acuda al psiquiatra como una niña buena. Estoy hasta las narices de los psiquiatras, de Joverek y de sus prosélitos. Me dan ganas de regalarle a ese tipo sus cuadros y lo que quiera quedarse y olvidarme de él.

—Si lo haces, perderemos la única oportunidad que tenemos de presionarlo para que se ponga en evidencia, para que cometa un error y podamos atraparlo.

—¿Y ese error lo ha de cometer conmigo? Vamos, vamos, quiero quedarme sola, he de dormir.

Cuando abandonaba la buhardilla, Marcel observó que la joven se había hecho colocar dos cerrojos en la puerta, de modo que era prácticamente imposible abrirla desde el exterior salvo que se reventara la hoja de madera.

Cuando el hombre llegaba al rellano inferior al que estaba la buhardilla para tomar el ascensor, escuchó los cerrojos al ser corridos. Obviamente, Lumiére tenía miedo y no le faltaba razón,

pensó.

Joverek era poderoso y lo que Marcel ignoraba todavía era lo que iba a ocurrir aquella misma noche, pese a los cerrojos y al considerable grosor de los cristales.

CAPÍTULO VIII

LUMIÉRE se acostó tras correr las cortinas que ocultaban las grandes cristaleras que la sala del estudio tenía en plano inclinado, con el propósito de que la nieve, en los días fríos, pudiera resbalar y ejercer menor presión. Al mismo tiempo, servían para captar el máximo de luz. La buhardilla resultaba muy luminosa.

No había tomado ninguna bebida alcohólica ni somnífero de clase alguna, sólo un vaso de leche templada endulzada con miel de azahar.

Estuvo leyendo una intrascendente revista de modas. No es que la moda la interesara demasiado, pero la ayudaría a dormir y así ocurrió:

Yacía dentro del lecho relajada, sin prendas de vestir que la oprimiera, durmiendo sobre el costado derecho, lo que la ayudaría a hacer la ligera digestión con algo más de rapidez que si se hubiera acostado sobre el lado del corazón.

Lo había previsto todo, hasta una temperatura suave para dormir a placer e incluso, se había dado un baño tibio que había suavizado, limpiado y perfumado su sedosa piel, de la que podía estar orgullosa.

Había tomado todas aquellas precauciones para poder dormir sin complicaciones y encontrarse relajada al día siguiente. No quería pensar en Joverek ni en los problemas que le había ocasionado.

Pasaron las horas nocturnas.

París, de noche, vivía bullicioso y alegre para los turistas y algo cansado y fastidioso para quienes tenían que atender a esos turistas para arrancarles los francos que llevaban consigo.

Era la hora en que los gatos se asomaban a las esquinas de Montmartre. Vigilaban con sus atentos ojos fosforescentes y como advirtiendo que no había ningún peligro, saltaban corriendo a la

otra calle. Se pegaban a las paredes, posando sus patas suaves sobre el suelo húmedo. Buscaban algo: algún resto de comida, un roedor que tuviera la osadía de asomar su testa por algún agujero o el portal de una vieja casa.

Era el París en el que las trotacalles ya comenzaban a sentirse algo subidas por el ajenjo y el anisete y los chulos elucubraban la cantidad de dinero que iría a parar a sus bolsillos.

Era el París que recibía en sus calles a las gentes que habían asistido al espectáculo del Lido. Los que posiblemente sólo verían el Lido una vez en su vida, comentaban el *show*; los que solían acudir allí más a menudo, apenas se habían fijado en las bailarinas y preferían criticar con sus amigos a los que no estaban presentes.

Era la hora en que algunos ejecutivos, bostezando, accionaban la llave del motor de sus automóviles para dirigirse a la autopista que habría de llevarles a Orly y de allí, saltar a otras capitales del mundo donde tendrían que tratar negocios que apenas les llevarían unas horas para luego, por la noche, regresar al gran París. París, París, París…

De pronto, en mitad de su sueño, Lumiére oyó como una llamada desde la lejanía, una llamada en las tinieblas. No quiso abrir los ojos.

Comenzó a sentirse rara, como si la cama se hubiera transformado en una nube negra que la izaba en el aire. Giró sobre sí misma y experimentó una profunda sensación de mareo.

Tampoco entonces abrió los ojos, como si temiera hallarse ante algo muy desagradable.

Para sí misma se decía que aquello era una pesadilla estúpida. No sabía a qué podía deberse, aunque en el estado de sueño en que se hallaba, no podía hacerse muchas observaciones.

Se dejaría llevar y luego, pasarían las horas que faltaban para el amanecer. Así terminaría todo.

Sin embargo, las cosas no fueron tan fáciles como pensaba, como deseaba.

—¡Lumiére, Lumiére! —llamaba una voz profunda, todavía lejana, pero que se le acercaba, una voz que reconoció, estremeciéndose.

—¡No! —se dijo para sí, aunque sabía que su voz no salía por la garganta. Era algo de lo que se daba cuenta, pero que no podía

constatar.

—¡Lumiére, Lumiére! —insistía la voz.

—¡Nooo! —replicaba dentro de su mente.

—Lumiére, ven, ven…

—¡No, no!

Sin embargo, se levantó de donde estaba y tuvo la impresión de que dejaba algo bajo ella.

Miró y se vio a sí misma tendida, rodeada de negruras. Era incomprensible, pero se estaba mirando a sí misma. Era como si el espíritu abandonara la materia y su cuerpo quedaba con los ojos abiertos, sin moverse, a merced de lo que pudiera ocurrirle, más indefenso que si estuviera cargado de grilletes.

—¡Lumiére, Lumiére, ven!

Una fuerza diabólica jaló de ella y dio unos pasos por la espesura. Como si rasgara grandes paneles de algodón negro o nubes cargadas de tormenta, se encontró frente a Joverek.

Cerca, en una butaca, vio al oriental del sari dorado y naranja. Tenía el cuerpo inclinado hacia delante, parecía profundamente agotado. Le colgaba la cabeza sobre las rodillas, como si estuviera muerto.

Allí había más cosas, pero no alcanzaba a verlas con claridad. Quizá un rectángulo grande, grisáceo y luego, frente a ella, sonriendo siniestramente, Joverek, con su cabello largo y blanco, su bigote y su barba en punta, intensamente negros, su piel apergaminada y pegada a los huesos, sus dientes delgados y afilados…

—Lumiére, ¿me reconoces?

La joven abrió la boca para responder y su garganta no emitió ningún sonido. Joverek se rió.

—Es inútil, Lumiére, no puedes hablar, no puedes quejarte. Soy el profesor Joverek, tu amo y señor. Desde ahora eres mi esclava. Soy el pensamiento, la luz y la verdad de los sucesores de los penitentes de Saint-Médard.

La joven quería echar a correr, pero no le obedecía nada. Efectivamente, era la esclava de aquel horrible y siniestro personaje que la dominaba, que había sido capaz de arrancar su espíritu y dejar el cuerpo en el lecho.

No podía ser verdad, todo era parte de una horrible pesadilla;

sin embargo, lo veía todo con nítida claridad. No, no era una pesadilla…

—Mañana me buscarás. Te ordeno que me busques para entregarme personalmente un documento en el que, por remordimientos de conciencia, harás constar que me cedes todo lo que has heredado. Podría obligarte a hacerlo en mi presencia, pero prefiero que vayas tú directamente a un abogado que redacte el documento, alguien que no me conozca. Recuérdalo bien, Lumiére, alguien que no me conozca. Así, no se podrá decir jamás que yo te he influenciado. A ti no te interesa todo lo que hay aquí; yo te pagaré una cantidad por lo que me cedes y de este modo no podrás quejarte de que te he robado. Quiero conservar muchas cosas como están, Lumiére, debes comprenderlo. El lugar es magnífico, junto al gran cementerio, con acceso directo a él con sólo abrir una puerta en el muro, entre los cedros. La mansión Dubois será mi santuario y, en el futuro, vendrán muchas peregrinaciones hasta aquí. Tienes que comprenderlo, Lumiére. Te concederé la gracia de ser una de mis esclavas predilectas, aunque de vez en cuando deberás hacer ejemplar penitencia delante de los demás. Tú eres joven y hermosa, sólo hay que mirarte.

Lumiére no podía responder nada. Sentía vergüenza y no podía demostrarla; tenía pánico y no conseguía correr; quería replicar y su lengua permanecía muda. Joverek era un brujo maligno.

—Camina, Lumiére, camina y mira esos cuadros que ya conoces. Quiero que veas a mi precursor, que sólo tuvo la intuición de fundar la secta, pero no supo hacer más. No estaba capacitado como yo, no tenía mis poderes ni mis técnicas, carecía de los acólitos especialmente dotados que yo poseo. Lumiére, Lumiére, debes ser sumisa y obediente a tu amo y señor que es Joverek. Si no lo haces así, te castigaré con una muerte horrible y servirás de ejemplo para quienes creen en mí y en la salvación por la penitencia cruenta y sin piedad.

Lumiére se vio ante aquellos horribles óleos que conocía muy bien. Ahora como nunca le pareció siniestro aquel esqueleto que semejaba una representación de la muerte y que vestía un sayo marrón. En unos cuadros iba armado de un látigo; en otros llevaba unas enormes tijeras o una redoma que humeaba y que se vislumbraba contenía algo corrosivo y dañino.

Dio unos pasos, no supo hacia dónde, y se encontró frente al horrible personaje, aquél esqueleto que vestía el sayo. Tenía vida, la estaba mirando desde sus cuencas llenas de negrura y avanzaba hacia ella. La joven no podía escapar, gritar ni suplicar clemencia.

—Eres esclava de tu amo y señor Joverek y yo te marcaré para que jamás lo olvides.

Alzó su mano esquelética en la que sostenía un largo hierro que en la punta tenía una redondita erizada de espinas. Sí, era una corona de espinas que estaba rojiblanca.

Lumiére sentía que su piel ardía, que la abrasaban y brotaba de ella un humillo. Mas, no conseguía gritar ni escapar; aguantaba allí que la torturaran.

—No olvides jamás obedecer ciegamente a tu amo y señor Joverek. Lumiére Muaxe Dubois, eres su esclava —le dijo el horrendo personaje.

De pronto, como si se lo hubieran ordenado, como si comprendiera que la ceremonia de sometimiento había concluido, Lumiére se alejó entre las densas tinieblas, rasgando aquellas nubes que le cerraban el paso.

Volvió a ver su propio cuerpo tendido en el lecho y se fundió en él. Cuando aquella simbiosis espíritu-biológica se hubo consumado, comenzó a moverse dolorosamente en la cama.

Entonces lloró y se dio cuenta de que podía hacerlo. Alzó su mano y tanteó hasta encontrar el interruptor eléctrico. La luz se hizo en la alcoba tras pulsar el botón de plástico.

Se medio incorporó, inclinándose hacia delante. Movió la cabeza como queriendo sacudirse la pesadilla y comenzó a sollozar estremecedoramente. Por su boca brotó un nombre:

—Marcel, Marcel, ven y sálvame, Marcel…

CAPÍTULO IX

EL pedal del acelerador del «Citröen DS», último modelo, estaba pisado a fondo por el zapato de Marcel Rovell que devoraba los kilómetros de asfalto en el gran y nocturno París.

Aquella hora era buena para circular.

No se producían los embotellamientos de las horas punta en que verdaderos borbotones de seres humanos eran vomitados a la calle por las bocas de los grandes edificios, como si de repente éstos comprendieran que ya no podían seguir conteniendo a tanto ser humano en su estómago, en sus tripas.

Luego aquellos seres, lanzados al asfalto por ascensores y escaleras mecánicas, subían a los autobuses poniéndolos a reventar o se sumergían en las bocas del Metros parisiense que semejaba un enorme sumidero urbano.

El resto se encerraba en sus celdas rodantes y multicolores de acero y cristal y empezaban a rodar y rodar, a hacer ruido y a desprender gases contaminantes.

A altas horas de la madrugada, Marcel no tenía todos aquellos problemas, por lo que su potente automóvil se podía escuchar perfectamente, ansiando llegar cuanto antes a su meta, como si de una carrera contra reloj se tratara.

Al fin, detuvo el coche y se introdujo en el portal del edificio. Se encajonó en el ascensor que le parecía que subía despacio, muy despacio, horriblemente despacio.

Los miles de pequeños ruidos que el elevador provocaba, atronaban en el silencio de la escalera en la que no había nadie más que él.

La cabina se detuvo y Marcel saltó como una exhalación fuera de ella. Se enfrentó con los quince peldaños que le separaban de la entrada de la buhardilla y llamó al timbre insistentemente.

Al fin oyó una voz, la voz que ansiaba escuchar.

—¿Quién es?

—Abre, soy Marcel.

La voz de la joven le había parecido trémula, llena de pánico. Al fin, se descorrieron los cerrojos y le franquearon la entrada. Nada más avanzar un paso hacia Lumiére, ésta se abalanzó sobre él, abrazándole mientras lloraba convulsivamente.

Marcel la empujó hacia el interior del apartamento y cerró la puerta tras de sí. Le acarició el cabello y la cara.

—¿Qué sucede, qué te ha pasado? Explícamelo.

Marcel insistía, pues por teléfono sólo había oído una súplica: «Marcel, ven, Marcel, ven». Después, llanto.

—¡Marcel, no me dejes, no me dejes!

La condujo hasta el sofá y la recostó allí.

—Vamos, tranquilízate. ¿Qué te ocurre? ¿Quieres un trago de algo?

—¡No, no, quiero que me abraces! —dijo ella con sinceridad, desbordante de lágrimas—. ¡Marcel, Marcel, soy la esclava de Joverek!

Aquella declaración impresionó al hombre que trató de quitar hierro a la situación.

—Tonterías, habrás sufrido una pesadilla.

—¡No, me lo ha dicho él!

—¿Te ha llamado por teléfono?

—No.

—No me estarás diciendo que ha entrado aquí, ¿verdad?

—No. Él se ha apoderado de mi espíritu y me ha llevado hasta la mansión Dubois, convertida en santuario de Joverek que asegura ser el jefe de la secta de los sucesores de los penitentes de Saint-Médard.

—Recordemos que te hipnotizó. No se puede demostrar, pero suponemos que te hipnotizó.

—Estoy algo versada en medicina y lo de hoy no es parte de la hipnosis.

—Has de aceptar que puede haberte metido una orden en el cerebro por la que tú, en determinado momento, creyeras verle.

—No, no ha sido eso. La casa estaba cerrada y, sin embargo, he salido de aquí dejando mi cuerpo en la cama. Mi espíritu, o no sé cómo llamarle, ha volado a través de las tinieblas hasta la mansión

Dubois donde se me reclamaba y allí les he visto. Eran ellos, sí, todos esos horribles personajes, y me ha convertido en su esclava. No podré escapar a su poder, a sus garras. Podrá reclamarme siempre que quiera, como hizo con Monic, la chica del photo-sex.

—Debes convencerte de que eso no es cierto, de que sólo ha sido una pesadilla.

—No, no ha sido una pesadilla, me ha marcado.

—¿Te ha marcado, qué quieres decir con eso?

Con un gesto brusco, Lumiére se bajó parte de la bata y dobló su cintura para que Marcel pudiera ver su espalda.

Los ojos del hombre se clavaron en su piel, a la altura del omoplato. Allí había una marca en carne viva. Era como una coronita de espinas de un diámetro no superior a una pulgada de diámetro.

—Dios mío, Lumiére, ¿qué significa eso?

—Es la marca de la esclavitud. La han impreso en mi piel al rojo vivo. ¿Te das cuenta de su poder?

—¿Y dices que él no ha estado aquí?

—No, y lo mismo ocurrió con Monic, mi tía o los demás asesinados. No hacía falta que se movieran. El hace viajar los espíritus a través del espacio y les da forma corpórea donde se celebra la ceremonia. Lo que hace con ellos es como si lo estuviera haciendo en el cuerpo que yace en el lecho, un cuerpo que queda inerte e indefenso. Es horrible pero puede arrancarte de tus sueños y castigarte como quiera. Joverek es un sádico y sus prosélitos, unos masoquistas.

—Espera, curaremos esto. ¿Tienes botiquín?

—Hay uno de mano. No he atinado ni a abrir la cremallera.

—¿Quieres que vayamos a ver a un doctor?

—No, no. Ponme crema antiquemaduras. Estoy aterrada y estremecimientos de frío recorren mi cuerpo.

Lumiére no mentía; tiritaba pese a que no hacía frío en el estudio.

Marcel le aplicó la crema con suavidad sobre la marca y después le puso una gasa con tela adhesiva para evitar los roces con la herida.

—No te preocupes por la marca, se puede distorsionar o por lo menos haremos borrar el sentido que pueda tener.

—No podré liberarme de su poder aunque me vaya de Francia. Mi espíritu acudirá siempre sumiso cuando él lo requiera. Debí comprenderlo cuando me hipnotizó para fotografiarme, porque sin duda alguna me fotografió. Quise oponerme pero no pude, me impidieron escapar.

—Tranquilízate, no podrá hacer nada.

—Tú no lo conoces bien, Marcel, no lo conoces.

Sí, lo conocía. Por su memoria desfilaron las fotografías de las víctimas de Joverek, pero no podía referirse a ello en aquellos instantes que Lumiére estaba traumatizada.

No había explicación lógica para aquella marca hecha al rojo vivo; tampoco había forma de probar cómo había sido descuartizada *madame* Dubois o quemada con vitriolo Monic. Todas habían estado encerradas en su alcoba, como le había sucedido a la propia Lumiére.

—Me gustaría que me contaras todo lo que recuerdes.

Lumiére relató cuanto recordaba, a lo que no podía dar una explicación racional ni científica.

—… Y me ha ordenado que le lleve un documento con la cesión voluntaria de mis bienes en la mansión Dubois, aunque él me pagará una cantidad para que no pueda quejarme ni recurra a los tribunales buscándole pleito.

—¿Insiste en quedarse con los cuadros?

—En realidad se lo quiere quedar todo.

—Es posible que así trate de encubrir que lo que más le importa son los cuadros de ese esqueleto.

—Quizá.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Qué puedo hacer? —preguntó mirándolo a los ojos—. Me tiene esclavizada, estoy en sus manos. Puede descuartizarme como a mi tía; Posiblemente, lo que quería era heredar pronto la mansión, cuando mi tía se había limitado a cedérsela en testamento, lo que fue fatal para ella, porque entonces la escogió como víctima para poder heredarla. Mi tía, quizá intuyéndolo, me exigió que velara junto a su cama todas las noches y ya ves, no sirvió de nada. Aunque haya alguien velando, Joverek consigue su propósito.

—Habrá alguna forma de impedírselo.

—Ninguna, no hay ninguna. Me ha marcado en la espalda con

su símbolo de penitentes. Todos ellos lo llevaban en oro y hasta es posible que hayan sido marcados en la piel como yo lo estoy ahora. Me siento en sus manos y eso me aterra.

—No estás en sus manos, él trata de convencerte de que sí lo estás. Hemos de luchar para que no sea así.

—No puedo luchar contra su poder. ¿No te das cuenta de que estoy indefensa ante él?

—No, no quiero creerlo así. Puedes entregarle lo que él te pida y así quedará complacido, lo que no te librará de su influencia, de su poder. Quizá, satisfechos sus primeros intereses y viéndote debilitada en tu moral, te convierta en una nueva Monic.

—¿En una nueva Monic? —repitió con espanto—. ¿Para qué puede querer convertirme en una Monic?

—Tú eres hermosa como ella. Puede acusarte de ser la provocación del vicio de la carne y a Monic la azotó. Cuando se negó a seguir soportando las flagelaciones y demás torturas, hizo algo horrible con ella, un acto de sadismo con el que complacía a su concurrencia que es sadomasoquista. Son gente perturbada que gustan de golpearse a sí mismos y también les complace ver torturar a una víctima. Al *gourmet* que hallaron flotando en el Sena debieron torturarlo y sacrificarlo en su orgía de absurda penitencia porque le gustaba comer, porque según ellos padecía el vicio de la gula. Esa gente busca cosas nuevas. ¿No comprendes que hay que detenerlos? Joverek conduciría a sus prosélitos a donde quisiera.

—Pero ¿cómo detenerlos?

—Luchando contra ellos. La ley y la justicia no tienen pruebas, provoquemos esas pruebas.

—¿Cómo, cómo, cómo? —gritó Lumiére, casi fuera de sí.

Marcel la cogió entre sus brazos y la estrechó con cuidado. Al alcance de sus ojos estaba la horrible marca de la secta.

—Tú estás en su archivo como supuesta esclava. Si ya lo estás, perdido por perdido, lucha.

—¿Y qué me queme todo el cuerpo como a Monic? Tú la has recordado hace un momento.

—Yo sólo puedo prometerte una cosa.

—¿Qué?

—Si te ocurre algo a ti, yo me convertiré en un asesino.

—¿Tú en un asesino?

—Sí. Seré responsable de lo que pueda sucederte y a él lo mataré, aunque luego me entregue a la ley para ser juzgado y que me encierren en el instituto psiquiátrico judicial por explicar al mundo lo que hacía Joverek para torturar a sus víctimas.

—Marcel, Marcel, sé que lo dices convencido, sé que lo harías, pero ¿qué puedes tú en su contra?

—Mucho porque ahora sé cómo opera.

—¿Lo sabes? —preguntó incrédula.

—Sí, tú me lo has contado. ¿Sabes lo que podríamos hacer?

La joven suspiró y rehuyó mirarle a los ojos. Sabía que iba a pedirle que ella, por su propio pie, subiera a la hoguera, al potro de las torturas, a la muerte.

Y se dispuso a aceptarlo. De todos modos, como había dicho Marcel, ya no tenía remedio y si ella era la última víctima de Joverek, algo positivo habrían logrado con su sacrificio.

Sin embargo, tenía el garfio de la duda clavado en sus entrañas.

CAPÍTULO X

JOVEREK se hospedaba en un lujoso hotel de los Campos Elíseos.

Tenía para sí y en forma fija, dos *suites* que se comunicaban. Allí recibía a las personas importantes, pero se guardaba mucho de celebrar ninguna clase de ceremonia.

Joverek era considerado en el hotel un cliente muy destacado y solvente que, además, recibía visitantes importantes. Por eso siempre era atendido con muchas ceremonias y reverencias.

Lumiére fue recibida amablemente en conserjería.

—¿*Mademoiselle* Dubois, dice?

—Sí, Lumiére Muaxe Dubois.

El conserje consultó una lista y sonrió. De inmediato, hizo un gesto afirmativo con la cabeza y su zurda golpeó un timbre de mesa.

—Acompaña a *mademoiselle* a la *suite* del profesor Joverek.

No hacía falta añadir ningún número de identificación; todos los empleados del hotel sabían cuáles eran las habitaciones del profesor Joverek.

Mientras el botones la conducía al ascensor, el conserje llamó por teléfono, dando aviso previo de la visita.

La doble *suite* había sido dispuesta como alcoba, salón, despacho y antedespacho. En este último fue introducida Lumiére.

Una mujer cuarentona, aún bella, de mirada libidinosa que recorrió inmediatamente el cuerpo de la joven, la cual se sintió molesta, salió a atenderla.

—Pase, *mademoiselle* Dubois, pase. El profesor Joverek la espera.

Del antedespacho la pasó al despacho, decorado en estilo rococó muy recargado. Sedas, dorados, adornos sobre adornos, aunque había que admitir que todo con buen gusto.

El profesor Joverek la recibió tras una mesa lacada en rojo. No se molestó en levantarse para saludarla. La vio llegar con sus

pupilas brillantes y sonrió, muy seguro de sus poderes.

—Buenos días, *mademoiselle* Dubois.

—Hola, Joverek, ya estoy aquí, tal como usted ordenó —dijo sin vacilar, lo que hizo achicar los ojos del extraño sujeto que se puso un poco a la defensiva.

—¿Ha visto a su abogado?

—Sí.

—Se llamaba Rovell, ¿verdad?

—Sí.

—¿Ha hecho el documento con él?

—No.

—Mejor, mucho mejor, aquel joven no es de mi confianza. Seguramente la habría aconsejado que no redactara el documento que usted desea hacer en mi favor, ¿verdad, *mademoiselle*?

—Exacto, me recomendó que no lo hiciera.

—¿A quién ha visitado entonces?

—A ninguno.

—¿Cómo a ninguno? —inquirió obviamente molesto y sorprendido.

Estaba acostumbrado a ser obedecido ciegamente por sus sometidos, por los esclavos de la secta que él había fundado y que aún no tenía la entidad que deseaba, una entidad que, dentro de todo, debería ser bastante secreta para así poder alcanzar más poder en la
high-life,
no sólo de Francia, sino de todo el mundo.

—¿Trata de decirme que todavía no está muy convencida de lo que debe hacer?

—Sí, sí lo estoy.

—¿Entonces?

—No le daré nada, profesor Joverek, no le daré absolutamente nada. Si toca un solo cuadro de aquel horrible monje, lo llevo a los tribunales y lo pondré en la picota pública. Va a salir en todas las revistas, pero como un psicópata caído.

Lumiére había buscado las palabras y los tonos más hirientes para Joverek. No había sido vulgar y sí punzante como un hierro candente. Lo observó en el rostro de Joverek que enarcó las cejas, sorprendido por la brava reacción de la joven.

—Usted no es nadie para hacerme caer a mí. ¿Se ha dado cuenta de ello, *mademoiselle*?

—Quien es menos de lo que quiere dar a entender es usted, Joverek. Presume de brujo y sólo es un loco sádico que terminará dentro de una camisa de fuerza y recibiendo duchas frías.

—No lo creo —repuso suficiente, rehaciéndose—. Míreme a los ojos. Soy un hombre muy poderoso.

Lumiére rehuyó mirarle como pedía. Desvió sus pupilas; sabía lo peligroso que podía resultar si la hipnotizaba.

—No le daré nada y quemaré lo que me parezca. Siempre me he preguntado qué le ocurrió a mi tía y ahora tengo la certeza de que fue usted, con sus artes satánicas, quien la asesinó.

—Tengo poderes. Míreme a la cara para hablarme… ¿Acaso tiene miedo de mirarme? Nunca obtendrá una sola prueba de lo que yo haga.

Lumiére se inclinó sobre la mesa que no era grande y tras la cual seguía sentado Joverek con su aspecto espectral, con su piel amarillenta y apergaminada sobre la calavera del rostro, sus cabellos níveos y largos, su bigote y su barba en punta y sus pupilas extraordinariamente brillantes.

—No volverá a molestarme, Joverek —silabeó—. Si lo hace, se perderá, porque he dejado una carta escrita sobre lo que me puede ocurrir.

Joverek se rió burlonamente.

—Es usted más ingenua de lo que suponía. La clásica cartita para entregar a la policía… ¿Y qué puede hacer la policía si alguien se suicida o la persona que es acusada en la carta se hallaba rodeada de sus amistades en el momento de producirse la muerte? Vamos, vamos, *mademoiselle*, está mal aconsejada por ese abogadillo. Puedo darle un día más para que recapacite. Luego vuelva y sin arrebatos.

—Joverek, yo no me asusto con facilidad. No va a hacer conmigo lo mismo que hizo con mi tía. Ah, me descuidaba…

Rápida como una gata irritada, Lumiére lanzó su diestra con las uñas listas y le dio un fuerte arañazo en la cara.

Joverek, sorprendido por la brusquedad del ataque, no pudo evitarlo. Se llevó la mano a la cara que le ardía y notó la sangre, sangre que manchó las yemas de sus huesudos dedos.

—Usted se las ha arreglado para marcarme a mí en la espalda y yo le he marcado a usted, estamos en paz.

Abrió la puerta y salió al antedespacho. La secretaria de Joverek se le puso delante y Lumiére la empujó sin vacilaciones, con violencia, haciéndola trastabillar mientras emitía algunos grititos.

Tal como Marcel le anticipara, Joverek no fue tras ella. Era más astuto que todo eso. No se iba a poner en evidencia provocando un escándalo en el mismo hotel donde se hospedaba.

Lumiére, excitada, salió al bulevar.

Caminó rápida por la amplia acera y la brisa fría de la mañana en la que lucía un sol mortecino, azotó su rostro. Al cabo de un par de minutos se metió en una cafetería y pidió un café cargado, sin azúcar. No quería alcohol si no algo que la despejara.

—*Mademoiselle*, ¿se encuentra mal? —le preguntó el camarero, atento.

—¿Tiene una aspirina?

—Sí, claro.

—Le agradecería que me diera una.

—Enseguida —aceptó el empleado—. Con una aspirina y el café se va usted a despejar mucho. ¿Va a examinarse para el carnet de conducir?

Lumiére esbozó una sonrisa ambigua. Se tomó el café y la aspirina y descansó un poco. Tenía las piernas flojas, notó que las rodillas le temblaban.

Tenía miedo, no podía evitarlo. Joverek era muy poderoso. Notaba el escozor en su espalda, sobre el omoplato derecho, de la marca de la corona de espinas que le habían hecho al rojo vivo y ningún científico sería capaz de explicar cómo, pues ella no se había movido de su buhardilla y la maldita ceremonia se había celebrado en la mansión Dubois. Sin embargo, Lumiére, como desdoblada, había estado en los dos lugares al mismo tiempo.

Eso explicaba la muerte de una mujer quemada en su lecho sin que prendiera la cama. Joverek la había quemado viva en una de sus ceremonias y el cuerpo, mientras el espíritu ardía, se consumía también sin que el lecho ardiera, lo que resultaba inexplicable para la policía.

Sí, ésa era la clave. Joverek conseguía separar el cuerpo del espíritu y al espíritu le daba forma en otro lugar. Lumiére no sabía

cómo, no podía comprenderlo pese a que ella había sido protagonista de la maldita ceremonia, una ceremonia en la que suponía y temía que iba a participar de nuevo.

Le parecía horrible y no sabía si podría soportarlo, máxime después de enfrentarse a Joverek como lo había hecho. Joverek tenía que estar forzosamente enfurecido.

Era un sádico vengativo y ya debería estar cavilando cómo torturarla. Lumiére, sólo de pensarlo, sabiendo que estaba indefensa en sus manos, sufrió un ligero mareo.

—*Mademoiselle, mademoiselle,* ¿se encuentra bien? —le preguntó el camarero, preocupado al verla vacilar y con los ojos cerrados.

—Sí, sí, gracias.

Abandono la cafetería. Toda la valentía que demostrara al enfrentarse a Joverek, se había venido abajo. Tenía miedo, no miedo sino terror y no podía decírselo a Marcel, no podía decírselo.

CAPÍTULO XI

MARCEL ROVELL se había tomado un par de pastillas contra el sueño, necesitaba estar despejado. Se había escondido en la mansión Dubois.

Agazapado en un desván alto, aguardaba a que llegara la noche. Había llevado consigo dos pequeños walky-talky de frecuencia modulada; uno era rojo y el otro, azul. Los dos se parecían mucho.

La pareja del rojo la había entregado a Lumiére para que lo tuviera a su alcance durante toda la noche. A través de él podrían comunicarse, aunque Marcel no tuviera ningún teléfono a mano. El otro aparato micro transistor receptor, lo había entregado al comisario Vivoua, que lo había mirado con sarcasmo y burla.

—¿Servirá para algo este aparatito? Somos franceses, no americanos de telefilme.

—Comisario Vivoua, es posible que a través de ese cacharrito le haga una llamada de urgencia respecto al caso de *madame* Dubois.

—¿Si oigo su voz a través del aparatito de marras, *monsieur* Rovell, quiere decir que me entregará esposado de manos al asesino? —inquirió, al borde de la burla sardónica.

—Tendría que mandarlo al diablo, comisario Vivoua. Guárdese su incredulidad y escepticismo; este caso no es como los demás. Aquí no vale tener una pista o un testigo, es diferente.

—Sí, claro, muy diferente —había dicho mirando de reojo el aparato. Como se lo entregaba un miembro del departamento de la fiscalía judicial, no podía rechazarlo.

—Comisario Vivoua, cuándo oiga mi llamada por ese transmisor, acuda con un nutrido grupo de gendarmería.

—¿Para qué se rían de mí?

—No tema. Si hay un éxito, todo el mérito será suyo. No sé cuándo ni desde dónde voy a llamarle, pero si lo hago, acuda rápidamente o no se lo perdonaré mientras viva.

—¿Amenaza a un comisario de la P. J.? —interrogó desafiante.

—Buenos días, comisario Vivoua —había replicado Marcel Rovell.

Desde aquel momento no había vuelto a hablar con él. Ignoraba incluso si Vivoua se habría complacido en sacarle las pilas al aparatito para cambiárselas por otras gastadas y así anudarlo sin comprometerse para nada.

La primera noche nada sucedió y por la mañana despertó a Lumiére a través del walky-talky. La joven se lo había agradecido. Seguía con mucho miedo; estaba convencida de que Joverek se vengaría de ella y Rovell también estaba seguro de ello.

Tenía la convicción de que la ceremonia se celebraría en la mansión Dubois, lugar donde se hallaban los cuadros que les invitaban a actuar en sus desagradables rituales.

Para ellos, la imagen del esqueleto del sayo era algo así como la representación del líder, del mártir que regresaba en cada ceremonia para estar junto a ellos e invitarles a seguir sus disciplinas si querían alcanzar lo que Joverek les prometía cuando estaban más o menos lúcidos.

Aquella noche, Marcel había visto preparar unos candelabros en la mansión Dubois por el extraño personajillo de los bigotes largos. También dispuso una pantalla y unos proyectores, artilugios electrónicos de los que le hablara Lumiére.

«No cabe duda, esta noche hay ceremonia», pensó Marcel.

Aquel pequeño e inquieto personaje, qué lo mismo manejaba complicados artefactos electrónicos que conducía el «Rolls-Royce», recorrió la mansión para cerciorarse de que no había nadie.

Marcel logró esconderse a tiempo y luego reptó por el suelo hasta aproximarse a la baranda para ver desde ella lo que ocurría en el gran salón. Desde el piso alto, por entre los barrotes de la baranda, podría presenciarlo todo si no era descubierto.

Escuchó ruidos de motores de automóvil y fueron llegando los prosélitos de Joverek, hombres y mujeres, aunque estas últimas eran gran mayoría. El salón fue adquiriendo calor.

Todos llegaron con abrigos largos que se fueron quitando nada más entrar en el salón. Debajo vestían un sayo marrón oscuro y llevaban un collar de cadena de hierro del que pendían coronas de espinos áureas. Todos llevaban idéntico atavío y fueron formando

grupo frente al ábside del salón.

Esperaron allí hasta que llegó Joverek acompañado del oriental del sari dorado y naranja. Los prosélitos de la secta se hicieron a un lado, abriéndoles paso.

Al quedar frente a ellos, el oriental se sentó en una butaca y Joverek se dirigió a sus seguidores.

—Miembros de los sucesores de los penitentes de Saint-Médard, os he convocado en gran ceremonia especial porque hoy, esta noche, debemos dar un castigo ejemplar a quien lo merece.

Se escuchó un rumor, casi un gorgoteo múltiple que semejaba una lúgubre aquiescencia de cuantos allí estaban.

—Son muchos los que deben ser castigados —prosiguió Joverek —, nosotros los primeros; por ello somos penitentes, porque el sacrificio y la expiación ha de comenzar por nosotros mismos; sin embargo, hay ocasiones en que debemos dar ejemplo de nuestra fuerza, de nuestro poder, del espíritu del monje penitente que nos ayuda y guía.

Joverek les hizo salmodiar una especie de oraciones que nada tenían que ver con religiones conocidas y sí tenía mucho de ceremonia de magia negra.

Joverek había hecho una mezcla de todo lo que le había convenido y lo soltaba con su voz profunda y convincente, acompañada de su mirada sugestionante.

—… Ahora, la esclava que ha de ser castigada será traída a nuestra presencia mientras vosotros ayudáis con vuestra penitencia.

—¡Sí, gran Joverek, luz y guía! —le respondieron sus prosélitos al unísono.

Sacaron unos vergajos y comenzaron a azotarse a sí mismos, aunque a Marcel que los observaba le pareció que no lo hacían con excesiva fuerza. Joverek, en su sadismo, disfrutaba viéndolos flagelarse. Se escuchaban llantos, quejas, gritos incluso.

Joverek cogió la cara del oriental entre sus manos y lo miró con fijeza, diciéndole unas palabras que Marcel no pudo oír; sin embargo, intuyó que le estaba sugestionando.

El oriental, tras escucharle, miró hacia la pantalla, aquel recuadro grisáceo del que le hablara Lumiére y que era una pantalla metalizada para proyecciones.

Joverek hizo una seña al hombrecillo de los bigotes largos y

éste, casi encaramándose tras sus aparatos como si fuera un simio, los puso en marcha.

En la pantalla, a todo color y de forma muy clara, quedó proyectada la imagen completa de Lumiére Muaxe Dubois, desde los cabellos a los dedos de los pies. No cabía ninguna duda de su identidad.

Marcel sintió deseos de avisar a la muchacha a través del walky-talky, pero se abstuvo. Allí todavía no se podía probar nada y la ocasión era buena por si cometían algo desagradable. Marcel confiaba poder intervenir a tiempo.

El oriental mantenía sus pequeños ojos fijos en la imagen que aparecía en la pantalla mientras los penitentes seguían autoflagelándose para ayudar a que todo sucediese como Joverek exigía.

De pronto, otro artilugio electrónico se puso en marcha y sobre la bella figura de Lumiére se proyectó otra que la rodeó por completo y que tenía movimiento.

Marcel no había visto nunca nada igual, pero buen aficionado a los reportajes de cosas extrañas, dedujo que lo que estaba viendo era el aura de Lumiére. Con aquel extraño y posiblemente único artilugio, habían filmado el aura de la muchacha y ahora la proyectaban sobre su figura, de modo que adquiría un carácter muy real.

El oriental permanecía con la mirada fija, muy fija, hasta que de pronto lanzó un largo aullido, como si de una bestia se tratara. Los penitentes dejaron de azotarse para observarle.

Entonces, Marcel Rovell vio algo impresionante, algo de lo que había oído hablar, pero que siempre se había negado a admitir, algo que sobrecogía.

El oriental del sari desencajó sus mandíbulas como si se tratara de un ofidio constrictor y por su boca, que se había hecho muy grande, comenzó a brotar un algo difícil de definir, blancuzco, lechoso y espeso que supuso era el ectoplasma del que se hablaba en parapsicología y del que se decía estaban compuestos los fantasmas.

El ectoplasma vomitado por el oriental se extendió ancho hacia el suelo. Al tocar las baldosas, fue izándose en vertical y tomando forma, una forma primero irregular y luego humana. Cada vez se

perfiló más hasta que…

—Lumiére —se dijo Marcel ahogadamente.

No cabía duda. Allí, junto al oriental que había quedado como roto, con la cabeza volcada sobre las rodillas, estaba Lumiére en pie. La pantalla se había apagado.

Marcel se apresuró a llamar por el walky-talky a la joven, mas fue en vano. Ella, aún estando en su lecho, no podía responderle. Carecía de espíritu, porque su espíritu materializado estaba allí.

El oriental, poseedor de unas extrañas facultades, estimuladas al máximo y apoyado por otras mentes desequilibradas, había materializado el espíritu de Lumiére con el ectoplasma que se había desprendido por su boca.

Tras varias llamadas por el walky-talky, Marcel se convenció de que Lumiére ya no podía oírle. En aquellos momentos, ella era la esclava de Joverek y su secta.

Lo estaba viendo con sus propios ojos y aún le parecía increíble.

Se percató entonces de que Joverek había desaparecido. En su lugar estaba el esqueleto-monje y Marcel comprendió que aquel personaje no era otro que el mismísimo Joverek, que debía de cubrirse el rostro y la cabeza completamente con una máscara.

Con la pésima luz ambiental y sugestionados como estaban, aquellos desequilibrados eran fáciles de engañar.

—¡Escuchadme, escuchadme, siervos penitentes! Joverek os ha dicho la verdad… Esta mujer es esclava de la secta; sin embargo, se ha vendido al mal y debe ser castigada como merece. Se ha atrevido a vejar a Joverek y utiliza su bello cuerpo para provocar el escándalo. Nosotros, todos nosotros, le daremos el castigo al que se ha hecho acreedora. Después, cuando esté castigada, se transformará en humo y desaparecerá para siempre. ¿Me habéis escuchado, mis amados penitentes? —preguntó, alzando sus manos y brazos.

—¡Sí, te hemos escuchado! —respondieron a coro.

—¡Sacad pues la aguja, símbolo de nuestra penitencia!

Todos ellos sacaron unas agujas de acero muy finas, con una longitud no superior a los tres centímetros. Como cruz y separación entre la aguja y la pequeña empuñadura que debía sostenerse entre las yemas de los dedos pulgar e índice, había la corona de espinas, símbolo de la secta. Todos mostraron su afilada aguja.

—Hasta ahora he dado castigo y muerte por mi propia mano a quienes lo han merecido por su escándalo de la gula, la lujuria, la avaricia, la pereza… Sí, hasta ahora he sido yo, pero quiero que colaboréis vosotros, que participéis también en el ritual de expulsar la lujuria de un bello cuerpo como el que estáis contemplando. Ahora, os acercaréis y hundiréis en su cuerpo fláccido y repugnante vuestra aguja hasta la empuñadura. Hacedlo así siete veces cada uno de vosotros y todos al mismo tiempo. Debéis clavar vuestros alfileres en su rostro, en su cuerpo, en sus extremidades… —prosiguió, convocándoles a aquella atrocidad.

Marcel se daba cuenta de que aquellos psicópatas, sugestionados como estaban, actuarían como se les pedía, de ello no le cabía duda alguna.

Por los datos que tenía, el daño, la tortura e incluso la mismísima muerte, podía provocarse a distancia. Lo que hicieran a aquella figura ectoplasmática, lo recibiría Lumiére en su lecho de la buhardilla, en otro lugar de París.

Tenía que evitarlo y no sabía cómo. De un instante a otro, aquellos seres desequilibrados se lanzarían sobre la figura de la joven y comenzarían a pincharla con sus agujas como acababa de ordenarles el monje al que veneraban.

—¡Comisario Vivoua, comisario Vivoua, comisario Vivoua! —llamó apremiante.

El comisario de la boina marsellesa no tardó en responder, irónico.

—Sí, abogado Rovell, soy el comisario Vivoua. ¿Qué le pasa, no puede conciliar el sueño?

—Comisario, se está celebrando una especie de misa negra o algo que se le parece y se va a cometer un asesinato ritual. ¡Venga cuanto antes con un buen grupo de gendarmería!

—No me diga. ¿Y dónde va a ser eso?

—¡En la mansión Dubois, de un momento a otro! ¡Corra, comisario Vivoua, corra!

No podía esperar más.

Soltó el aparato en el suelo cuando los penitentes rodeaban la figura de Lumiére que no se podía mover si no se lo ordenaban.

Les miraba sin poder huir e iban a asesinarla ritualmente, en forma colectiva. La iban a llenar de alfilerazos hasta provocarle la

muerte de una forma horrible y angustiosa.

Y no podía escapar, no tenía voluntad, no era dueña de sí. Su espíritu había sido encerrado en el ectoplasma que había vomitado el oriental con sus poderes paranormales, excitados por la proyección de la diapositiva de la joven a la que se había unido una película de su aura.

De esta forma, para el cerebro paranormal del gurú, la muchacha adquiría una personalidad completa y podía concentrarse en ella, arrancándola de donde estuviera para hacerla acudir al lugar donde él estaba y materializarla con su propio ectoplasma.

Era algo que no se había hecho antes y al parecer, tras sus investigaciones de hermetismo y ocultismo y ayudado por la técnica moderna con la que conseguía excitar al máximo los poderes del oriental, Joverek lo había conseguido. Sólo él había obtenido una monstruosidad semejante.

—¡Quietos todos, quietos!

Contando con que estaban sugestionados, Marcel descendió lentamente por las escalinatas. Los rostros desequilibrados de los miembros de la secta se volvieron hacia él.

—¡Abogado Rovell! —exclamó el propio Joverek, que se escondía bajo la máscara del esqueleto.

—Vengo del pasado, vengo de Saint-Médard y os traigo un mensaje. Debéis purificar a Joverek que viste mi propio sayo —les dijo Marcel con voz convincente, tratando de que le vieran a él como al propio monje fundador de la secta, lo que no estaba seguro de conseguir. Mientras, iba descendiendo por la escalinata que terminaba en el centro del salón—. Purificadle primero a él con vuestras agujas y luego él, en su sacrificio, os lo agradecerá.

El propio Joverek, ante aquella salida, quedó perplejo. Quiso reírse, pero al mirar alrededor, vio que habían dejado de rodear la figura de Lumiére para encararse con él.

Rovell había logrado hacerse pasar por el verdadero fundador de la secta ante aquellos dementes.

—¡No, no, escuchadme, escuchadme! ¡Aagggh! —gritó, cuando caían sobre él sus prosélitos como un auténtico enjambre de avispas.

Los largos y punzantes alfileres se hundieron con saña, una y otra vez, en su cuerpo, en piernas y brazos, en el cuello, en el

rostro, y Joverek no podía escapar porque estaba rodeado por los sucesores de los penitentes de Saint-Médard.

En medio de aquel mundo de locura y fantasmagoría, Marcel corrió hacia la figura de Lumiére.

El sujeto pequeño fue hacia él con un cuchillo en la mano, pero Marcel lo cazó con un puñetazo que lo hizo saltar por el aire.

Apresó la figura de Lumiére, abrazándola contra sí, cuando escuchó el ulular de las sirenas de la policía que invadían la mansión Dubois.

La silueta de la muchacha se deshizo entre sus brazos, se convirtió en un humo que ascendió hacia el techo y se disolvió hasta desaparecer.

Cuando el comisario Vivoua entró en la mansión seguido por un buen número de gendarmes, Marcel les recibió corriendo.

—¡Son todos de las sectas que hacen crímenes rituales!

—¿A quién han asesinado? —interrogó el comisario.

Marcel quedó un instante pensativo. Miró a aquellos dementes que seguían pinchando con sus agujas a un cuerpo que yacía entre ellos y dijo:

—Creo que a su jefe, a Joverek. Lo siento, comisario, hágase cargo de la situación. Todos están locos y yo tengo prisa.

—¡Eh, espere, espere, no se marche! —le gritó el comisario.

Mientras los gendarmes, tocando silbatos, rodeaban a aquellos dementes que eran gente importante de todo el mundo. Comenzaron a detenerlos mientras sufrían ataques espasmódicos e histéricos.

A bordo de su «Citröen», Marcel se lanzó a toda velocidad por las calles de París, devorando el asfalto hasta llegar al edificio donde vivía Lumiére.

Se introdujo en el elevador y subió a lo alto. Llegó jadeante a la buhardilla y golpeó su puerta con insistencia. Ésta se abrió y al otro lado apareció Lumiére.

—¡Marcel, gracias, gracias, lo he visto todo, mi espíritu estaba allí!

Se abrazaron. La pesadilla había terminado con la muerte de Joverek.

Más tarde, se enterarían de que el oriental del sari era un demente con especiales facultades y que sería internado en un

instituto psiquiátrico mientras los demás penitentes iban a ser tratados también de sus mentes por orden del juez.

Aquél había sido el principio y el fin del rebrote de la secta de los penitentes de Saint-Médard.

FIN



Rafael Barberán Domínguez (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudett o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos sólo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olimpic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, Cinco mil dólares de recompensa, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.